

Selección



RALPH BARBY

LOS JUEGOS DE ABIGAIL

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

375 — Las mujeres gato, *Curtis Garland*.
376 — Comic de terror, *Adam Surray*.
377 — La madrugada de Dolan, *Curtis Garland*.
378 — Jenny, la hija del mar, *Joseph Berna*.
379 — El jardín endemoniado, *Ada Coretti*.

RALPH BARBY

LOS JUEGOS DE ABIGAIL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 380
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.022 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

—¿Por qué vienes a verme, Abigail?

—Soy tu única sobrina, tío Jeremiah. Siempre me has dicho que cualquier cosa que necesitase de ti, viniera a pedírtela.

—¿Y no te da miedo venir a visitarme, sabiendo que estoy muerta?

Abigail soltó una carcajada, verdadera expresión de lo que sentía.

—¿Por qué quieres que me crea que estás muerto, tío Jeremiah?

El hombre era magro de carnes, diríase que reseco, huesudo todo él. Cabellos, barba y bigotes blancos, pero no de un blanco limpio, sino de un blanco paja.

Tenía los ojos muy hundidos y siempre cubría su cabeza con una gorra oscura de marino. Usaba chaqueta también marinera y tenía ante sí un vaso de barro conteniendo whisky.

—Mi barco naufragó en un arrecife, muy lejos de aquí, casi en las antípodas. Era una noche muy oscura. El océano bramaba, como si mil demonios se estuvieran abrasando vivos. Nadie vio los arrecifes. Cuando el casco del barco se rajó, como un melón maduro que cae al suelo por descuido de unas manos torpes, ya era tarde.

—Tío, eso ya me lo has explicado, pero tú estás aquí. Te salvaste porque eres un hombre especial, porque sabes muchas cosas, por eso siempre le has dado a tu sobrinita Abigail todo lo que te ha pedido.

La mujer joven se acercó a la butaca y se sentó en el brazo de la misma, abrazándose al viejo marino.

—Yo no pretendo asustarte ni hacerte daño, Abigail, pero no exijas demasiado porque al final quizá tengas que pagar un precio demasiado caro, un precio de horror.

—Tío Jeremiah, ¿acaso quieres asustarme? —le dijo cariñosamente.

—Sería preferible que no vinieras por esta casa. Ya sabes que en el pueblo dicen que está embrujada, que en ella habita mi espíritu.

—Habladurías. Se niegan a creer que te salvaste del naufragio. Tú estás vivo, yo te toco y te beso. —Le dio un beso en la frente—. A tu sobrinita no le niegas nada —runruneó, excesivamente mimosa.

—Nunca te negué nada. Mi hermano murió y yo cuidé de ti como si fueras mi hija.

—¿Por qué no te casaste, tío Jeremiah?

—No hubiese hecho feliz a ninguna mujer, siempre viajando, y tampoco ninguna mujer me habría dado felicidad a mí.

—¿Ninguna? —insistió, en tono de reproche.

—Bueno, tú eres diferente, Abigail; sin embargo, ahora han cambiado las cosas, no pueden ser como antes.

—¿Por qué, tío Jeremiah?

—Porque estoy muerto, ya lo sabes.

—Mi abuela, la madre de mamá, siempre decía que yo iba a salir tan perversa como tú, y eso quería decir que tú eras muy perverso...

Con voz ronca, rota por años y años de singladuras marineras, el hombre se rió y lo hizo casi con jactancia.

—La suegra de mi hermano me quiso menos a mí que a él.

—¿De veras eras perverso, tío Jeremiah?

—Viajé mucho en mi vida, Abigail. Conocí a muchas gentes y muchas formas de pensar y de vivir. Conocí a los que adoraban a Dios y a los que le odiaban, y no sólo a un dios, sino a muchos dioses. Conocí también a brujos en Brasil, África, la India, en Birmania y Nueva Zelanda. Aprendí de todos ellos y llegaron a respetarme. Al oeste de la India, casi al noroeste, dieron en llamarme el chamán del mar.

—¿Y eso era bueno, tío?

—¿Bueno? —Volvió a reírse y guiñó uno de sus profundos ojos a la joven que seguía sentada en el brazo de la cómoda pero polvorienta butaca—. Para mí era muy importante; como si de marino de pronto me ascendieran a almirante. Y te diré más, sólo a ti voy a decírtelo... En lo más recóndito de una jungla, muy lejos de la civilización, una noche que tenía una luna redonda, limpia y luminosa, tan grande que estremecía mirarla, invoqué a los demonios y me vi rodeado por cientos de ellos. Unos mugían, otros relinchaban, los había que croaban, pero también que barritaban y me sentía como rodeado de docenas de elefantes que danzaban y danzaban hasta hacer estremecer la tierra.

—¿Y tú, tío Jeremiah?

—¿Yo? —Volvió a reírse, con cierta jactancia—. Aguanté y me sentí transportado a lugares ignotos. Ascendía por encima de las nubes y descendía a las entrañas de la tierra.

—¿Y viste el fuego del averno, tío Jeremiah?

—Sí, claro que lo vi. El calor era horroroso, no se podía resistir. Vi a los condenados desollados por el fuego gritando que querían escapar y todo por ser estúpidos.

—Tú no irás al infierno, ¿verdad?

—¿Yo? —Tomó a reírse—. El príncipe de los infiernos no ha podido ponerme los grilletes alrededor de las muñecas, los tobillos o el cuello para arrastrarme al fuego eterno. ¿Y sabes por qué?

Abigail movió la cabeza negativamente.

—Bueno, no puedo revelártelo, pero sí te diré que mientras siga como alma en pena, aquí donde estoy, las llamas no quemarán mi cuerpo ni mi espíritu. Estoy muerto, pero... —vaciló, volvió a beber su whisky y preguntó—: ¿Qué es lo que has venido a pedirme, Abigail?

—Tonterías, tío Jeremiah.

—Las tonterías suelen tener nombres concretos. Ya sabes que no puedo darte nada material. Soy como un fantasma, un espectro, un muerto que se niega a morir del todo para no ser arrastrado al fuego eterno. Me siento aquí,

leo mis libros y veo el mar desde mi ventana.

—Y saboreas tu whisky preferido.

—Ahí sí me duele, Abigail. Me hago la ilusión de que lo bebo, pero mi vaso está vacío; es una de las torturas que padezco.

—No me hagas sufrir, tío Jeremiah. Si sufres tú, sufro yo. Sé bueno con tu sobrinita.

—Claro que sí, pero no es conveniente para ti que vengas a verme. Hablarán mal de ti.

—Al diablo con las murmuradoras.

—Abigail, si vienes a pedirme favores, acabarás como yo.

—¿De verdad estaré contigo, tío Jeremiah? —inquirió con expresión de entusiasmo.

—Mi destino no es todo lo bueno que tú imaginas.

Abigail infantilizó un tanto su voz; era como si de pronto su mente perdiera años, se hiciera más aniñada.

—Una amiga mía se casa y es mala, ¿sabes, tío? Muy mala. Me odia, me desprecia, se burla de mí. Explica a todos que es mejor que yo y dice que no me casaré. La verdad es que el hombre con quien se casa me gustaba a mí, pero ella me lo quitó.

—¿Y la odias tanto como para desear su muerte?

—¿Su muerte? No, no, tanto como eso, no, tío Jeremiah —le dijo con gesto de preocupación.

—¿Qué quieres de mí, entonces?

—Que le des una lección.

—Yo no tengo poderes para torcer la voluntad de ningún mortal vivo. Estoy muerto, ya te lo he dicho.

—¿Y cuando, según tú, estabas vivo?

—Entonces era otra cosa. —Suspiró—. Veamos, Abigail... ¿Qué deseas para esa chica, cómo has dicho que se llama?

—Se llama Marjorie.

—Ah, Marjorie, creo que sé quién es.

—¿La conoces?

—Aunque he pasado tanto tiempo por los siete mares, conozco a las gentes de este lugar, nadie me quería bien.

—Decían cosas horribles de ti.

El viejo rió con voz quejumbrosa para luego admitir:

—Y creo que tenían razón; pero no pueden quejarse, nunca llegué a hacerles ningún mal. Sabían cuáles eran mis poderes y se alejaban de mí y si tú acudes a esta casa, terminarán por temerte a ti también.

—No me importa, tío, son unos estúpidos. Un día, y creo que será pronto, me marcharé de aquí.

—¿Para siempre?

—No, para siempre no. Vendré aquí muchas veces para verte, a tu casa, como hacías tú en tus viajes.

—¿Y qué harás por el mundo? Tú no eres un marino como yo.

—Viviré, tío, viviré bien, ya lo verás.

—Seguro, eres muy hermosa. No sé qué habrá visto ese muchacho que ha preferido a Marjorie.

—Se habrá acostado con él.

—¿Y tú?

—Yo, no, tío Jeremiah, yo todavía estoy intacta.

—Bien, bien, veremos qué se puede hacer por alegrar la carita de mi sobrina Abigail.

—Estoy segura de que harás mucho por mí, tío.

—Todo lo que me pidas y que yo pueda hacer, tengo mis limitaciones aunque tú no lo creas.

—Lo que tú no puedas conseguir pueden lograrlo tus amigos importantes. ¿Verdad, tío?

—Sí, ellos sí, pero no es bueno que tú los conozcas.

—¿Por qué? Son, son...

—Mejor hablamos otro día, Abigail, ahora debes marcharte. La luna está alta y a mí me gusta contemplarla cuando está grande, redonda, luminosa, no puedo sustraerme a su encanto, a quedar prendido en su belleza. La he visto tantas veces cuando navegaba por los océanos en las noches claras de plenilunio.

—A mí también me gusta contemplarla, tío Jeremiah; es muy hermosa.

Abigail dio un beso en la mejilla de su tío, una mejilla llena de pelo canoso. Fue como besar la niebla, algo frío e intangible que exudaba como un tenue olor a moho.

Se alejó hacia la puerta.

La sala era grande, estaba llena de polvo y las telarañas habían anidado en los rincones. Abrió la puerta y salió al exterior. Se volvió y cerró con llave, una llave que contempló breves instantes a la luz de la luna. Era grande y su extremo recordaba las antenas velludas de una mariposa nocturna. Era una llave extraña, nada común, forjada en plata.

Cerca de la casa no se oían ni los grillos, había un silencio sepulcral.

Abigail le dio la espalda y descendió por el camino que conducía al pueblo, bordeando casi el acantilado contra cuyas rocas batían las olas.

Casi entrando en el pueblo de pescadores, Abigail se volvió. A los lejos divisó la casa de su tío Jeremiah, que parecía rodeada de un halo fantasmal, una casa a la que los habitantes del lugar no deseaban acercarse y mucho menos de noche.

Un perro ladró de súbito, furioso; quizá le ladraba a la luna.

Se introdujo por las calles de la población que hacían pendiente, unas calles empedradas con guijarros redondeados. Junto a una puerta, dos sombras que semejaban ocultas. Abigail sabía bien a quién pertenecía la casa y se detuvo.

—Buenas noches, Marjorie. Hola, Peter.

El hombre se puso un cigarrillo entre los labios y le prendió fuego, iluminando su rostro con la llama del encendedor. Era un joven fuerte, con la piel bronceada por el sol de la mar.

—Hola, Abigail. ¿Paseando sola? —preguntó Marjorie.

A Abigail le pareció que había un tonillo burlón en la pregunta de su amiga, una muchacha de su misma edad, no en vano habían ido juntas a la escuela.

—He ido a ver a mi tío Jeremiah.

—¿A tu tío Jeremiah? Si murió, Abigail.

—¿Murió, acaso has visto su cadáver?

—Vamos, vamos, habrá querido decir que ha ido a ver la casa de su tío Jeremiah —corrigió el joven Peter, expulsando una bocanada de humo.

—He visto a mi tío; siempre que voy a su casa le veo.

—Si sigues así, terminarás convirtiéndote en una bruja, tú ves visiones.

—No hagas caso a Marjorie —palió Peter—; esta noche está de broma.

—Qué casualidad —respondió Abigail—; yo también, suerte para los dos.

Y se puso a canturrear una extraña melodía aprendida de su tío, una cancioncilla que nadie del lugar conocía, aunque más de uno la había oído cantar en alguna ocasión.

—Creo que de tanto estar sola se volverá loca —rezongó Marjorie.

—Déjala en paz, no te ha hecho nada.

—¿Sabes que a ella también le gustabas?

—Sí, y a otras también —respondió él, sonriente.

—Engreído... ¿Qué haces?

Las sombras se movieron, se pegaron entre sí amparadas por la penumbra.

—¿No eres mía?

—Todavía no, faltan días.

Los días pasaron...

La víspera de la boda, junto a la entrada del pueblo, se oyó un fuerte chirriar de frenos. Luego un golpe sordo y gritos. Varias puertas y ventanas se abrieron para ver lo ocurrido.

El abuelo de Marjorie, que pensaba celebrar sus bodas de oro el mismo día del enlace de su nieta, fue introducido apresuradamente en una ambulancia en estado grave, con piernas, brazos y hasta el cráneo fracturado.

—Dios mío, Dios mío —se lamentaba la madre de Marjorie, hija a su vez del anciano atropellado—. Y en la víspera de la boda, qué tragedia...

A Marjorie se le evaporó la sonrisa. El día que consideraba el más grande de su vida empezaba mal.

La boda se celebró al día siguiente tal como estaba previsto; sin embargo, sobre todos pesaba la tragedia de la víspera. En la iglesia todo fue normal para Peter y Marjorie.

Luego había que trasladarse a un complejo hotelero cercano, a unos pocos kilómetros del pueblo, junto a unas hermosas playas donde tenía que efectuarse el banquete nupcial y la fiesta con baile, aunque éste fue suprimido

pensando en el abuelo que yacía en coma en el hospital.

Dentro de cada uno de los automóviles que formaban la comitiva se apretujaban las familias, cruzándose comentarios y opiniones sobre los pormenores de la ceremonia o el vestido de la novia. En aquella comitiva no estaba presente Abigail pese a haber sido invitada.

Todo ocurrió de forma inesperada. Un cruce de carreteras y un automóvil grande, poderoso, cogió por la mitad a un utilitario. Una madre de familia, sus dos hijas y sus ancianos padres, fueron sacudidos dentro del automóvil, de tal forma que la abuela y la nieta perdieron el conocimiento y la otra niña, delgada y alta, salió por una ventanilla, aunque más tarde no apareció herida mientras su madre sangraba por la cabeza y lanzaba gritos de angustia.

Mientras eran llevados al hospital, la comitiva, más encogida, llegó al restaurante para celebrar el banquete. La novia tenía ya los ojos muy hundidos y su madre tuvo que repasarle el maquillaje.

—Mamá, qué desgracia, qué desgracia, mi boda, mi día...

—Todo pasará, Marjorie, todo pasará; lo olvidarás, ya verás, y ellos se pondrán bien.

Louis, uno de los muchachos invitados, todavía con deseos de fiesta y como él, otras parejas, se acercó a la madre de la novia.

—¿Va a utilizar su coche? —le preguntó.

—No, no tengo humor para ir a ninguna parte.

—¿Me lo deja? Vamos a la villa grande.

La madre de la contrayente, pese a su dolor, comprendió que la juventud tenía deseos de ir a divertirse a una discoteca, máxime en un día como aquél.

—Sí, pero no vuelvas tarde. Marjorie y Peter se llevarán mañana el coche para su viaje de bodas.

—Sí, claro. Antes de las doce de la noche estará el coche en la puerta, esperando a los novios.

—Llena el tanque de gasolina, ya te lo pagaré.

Eran las diez de la noche cuando llamaron repetidamente a la puerta de la casa de los padres de Marjorie. Los novios se habían trasladado al hospital, especialmente para ver al abuelo que agonizaba y a la desconsolada abuela que veía rota su pareja en la celebración de sus bodas de oro.

—¿Qué pasa ahora?

Era un hombre del propio pueblo, el farmacéutico, que acababa de detener su automóvil frente a la casa.

—Louis, Louis...

—¿Qué pasa con Louis? —inquirió apremiante la madre de Marjorie.

—Se lo han llevado al hospital.

—¿Qué ha sucedido?

—El coche debe haberle patinado y se ha estrellado contra un árbol, tiene la cara rota, pero se curará. El coche tendrá que ir a recogerlo la grúa, está bastante mal.

La madre de Marjorie cerró los ojos y expulsó el aire de sus pulmones,

incrédula ante lo que acontecía.

—Dios mío, Dios mío, qué día más nefasto. Jamás llegué a pensar que podían ocurrir tantas cosas desagradables en un día tan hermoso...

Se derrumbó sobre la mecedora que tenía cerca de la entrada de su casa para comenzar a sollozar silenciosamente.

Mientras, con una extraña y felina sonrisa, Abigail había subido a la casa del acantilado. Encendió una vela que ella misma había pintado en rojo y la depositó en un saliente de la pared.

—Gracias, tío Jeremiah.

Comenzó a soplar el viento, silbante primero, ululante después, que venía del mar, de aquel mar que hacía estrellar sus olas contra las rocas, espumeando.

El viento rodeó la casa, la envolvió, semejaba tener cuerpo, pero la llama de la vela era alargada, esbelta, alta y no se movía pese al viento mientras Abigail comenzaba a canturrear aquella cancioncilla que su tío Jeremiah, el chamán del mar, debía haber aprendido en extrañas tierras del misterioso Oriente.

CAPITULO II

—Desgarraré mis entrañas, abriré mi vientre con las manos y arrojaré todo lo que llevo dentro a los perros. Maldita sea, maldita para siempre, maldita estoy por boca de todos los dioses que aúllan como perros contra mi...

Los focos que iluminaban el escenario que poseía el Pictures Theatre School se apagaron de súbito, dejando de iluminar a la hermosa actriz de cabellos largos y rubios que estaba recitando su papel.

Todo el teatrito había quedado a oscuras. Maestros, actores, actrices y alumnos que se hallaban sentados en la butaca, miraron en derredor. Uno de los jóvenes lanzó un fuerte silbido, otro gritó:

—¿Qué pasa?

—¿Qué hago? Me voy a caer —exclamó la rubia Geraldine.

De pronto, la pared del fondo frontal del escenario se iluminó con dos grandes ojos amarillentos mientras más abajo aparecían unos colmillos y se escuchaba un rugido que estremeció a los presentes.

—¡Aaaah! —gritó Geraldine, y también otras jóvenes alumnas que se hallaban en las butacas.

—¡Basta de bromas! —estalló Terence, el director de la escuela de actores y actrices.

Aquella imagen de ojos y colmillos desapareció y el teatrito volvió a quedar a oscuras.

Durante unos segundos, el silencio fue tenso, agobiante. Luego la luz se hizo de nuevo y los focos encendidos iluminaron a Geraldine, la alumna que interpretaba su papel delante de sus compañeros y maestros.

—¡Basta!

Terence se puso en pie. Era un individuo singular, extremadamente alto, con la cabeza totalmente rasurada, siempre exageradamente maquillado en cejas, ojos y pestañas. Resultaba casi imposible calcular la edad que tenía aquel rostro.

—¡Exijo saber quién ha sido el que ha interrumpido a Geraldine!

La veintena de alumnos que había en el teatrito permanecieron callados, nadie respondió.

El director de la escuela artística no se dio por satisfecho y abandonó su butaca. Con largas zancadas de sus no menos largas piernas, embutidas en ceñidos pantalones negros, subió al escenario.

Geraldine lo observaba preocupada, temiendo que la bronca pudiera llevársela ella, pero el director pasó por su lado sin decirle nada.

—Habrá sido ese cretino del viejo Norton —masculló Terence, que, en ocasiones como la que estaban viviendo, se transformaba en un ser irascible.

El viejo Norton era el encargado de la luminotecnia del escenario. De los decorados, casi siempre sólo cortinajes, se encargaban los propios alumnos.

El viejo Norton solía arrellanarse en una butaca de alto respaldo y orejeras,

butaca que le era arrebatada en múltiples ocasiones por los alumnos para incluirla en la decoración del escenario. Un cuadro de control de focos eléctricos, muy sensible, estaba en la pared.

—¡Norton!

Terence apenas le veía, ya que aquel rincón se hallaba en penumbra debido a que estaban actuando en escena. Unos pilotos rojos despedían luces muy tenues.

—¡Norton!

Tuvo que encender la bombilla que había junto al cuadro y entonces vio al viejo con los ojos muy abiertos, unos ojos que estaban vidriosos.

El director de la escuela alargó su mano y le tocó el rostro que se ladeó, mas los ojos continuaron abiertos.

—Dios —exclamó en tono bajo.

Se acercó al teléfono de pared. Lo descolgó y marcó un número.

—¿Policía?

No tardó en regresar al escenario. Geraldine seguía allí, a la espera de recibir órdenes del director y maestro que era Terence.

—Por favor, no os mováis de donde os halléis. Dentro de unos pocos minutos vendrá la policía.

Uno de los alumnos comenzó a aplaudir rabiosamente mientras exclamaba:

—¡Bueno, muy bueno! Todo lo que hace usted es tan natural...

—Imbécil, estoy hablando en serio. El viejo Norton está muerto y la policía me ha pedido que no se toque nada. Dejad todas las cosas como están.

Se cambiaron impresiones entre los alumnos y los dos profesores que había, además del propio Terence, un actor y una actriz ya consagrados pero camino de la ancianidad.

—¿De qué ha muerto Norton? —interrogó Geraldine en voz alta, formulando la pregunta que todos deseaban hacer.

—No lo sé, no soy el forense; pero creo que su muerte ha sido por causas naturales.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta del teatro, un timbre que dejaban conectado cuando se encerraban durante las horas de clase y que desconectaban cuando los sábados y domingos celebraban representaciones cara al público. La entrada era libre; sin embargo, a la salida, uno de los alumnos entregaba una entrada simbólica a cada uno de los espectadores y se les demandaba la voluntad, no obligatoria, pero su aportación habría de servir para el sostenimiento de la escuela. Según la representación hubiere sido del agrado del público, recibían más o menos dinero.

—¿Será la policía? —preguntó Geraldine.

—Sí que han llegado pronto —exclamó Terence—. Edward, ve a abrir; los demás, no os mováis.

Edward era el maestro, actor ayudante de Terence, un hombre que había tenido su pasada gloria, una pasada gloria que podía verse reflejada en periódicos y revistas, pero tan lejanos en el tiempo que en realidad muy pocos

se acordaban ya de él.

Edward regresó acompañado de una muchacha.

Todos la miraron. Ella no se mostraba tímida ni avergonzada por la situación. De viva voz, Edward dijo:

—Se llama Abigail.

—¿Y qué quiere?

—Trae una carta para ti, Terence. Creo que vas a tener una alumna más en la clase.

—¿Una alumna más? No, no, el curso ya ha comenzado.

—Por favor, maestro —pidió la propia Abigail—, lea la carta primero.

Terence bajó por la escalerita que daba acceso al patio de butacas.

—Mira, muchacha, estamos muy atareados. Será mejor que vuelvas otro día y ya veremos.

Edward se adelantó y le entregó la carta a Terence. Este la pinzó entre sus dedos, la movió en el aire de forma maquinal y terminó por abrirla, leyéndola después.

—Sólo quiero una plaza en la escuela —insistió Abigail—. Deseo ser una gran actriz.

Nadie le dijo nada, los jóvenes de ambos sexos la observaban con atención. Abigail era hermosa pero tenía algo especial, difícil de definir, que no granjeaba simpatía. Todos consideraban que ya eran muchos para el curso, que les costaba interpretar algún papel.

—Jeremiah Harrow, Jeremiah Harrow... Yo no puedo negarle nada a Jeremiah Harrow —dijo Terence—. Podrás quedarte, Abigail. Por cierto, ¿cómo está Jeremiah?

Abigail sonrió, tenía que contestar, pero en aquel momento sonó de nuevo el timbre de la puerta del teatro-escuela.

—Voy a ver si es la policía —dijo Edward.

—¿La policía? —Preguntó Abigail—. ¿Ha sucedido algo?

Tampoco ella encontró respuesta a su pregunta. Varios agentes de la ley, unos de paisano y otros de uniforme, se introdujeron en el local.

—¿El director? —preguntó el recién llegado que iba a la cabeza de la comitiva policial.

—Soy yo —dijo Terence.

—Veamos, ¿dónde está el muerto?

—Vengan conmigo.

Terence les condujo ante el cadáver de Norton.

—¿Tiene algún motivo para pensar que lo ocurrido no sea natural?

—¿Cómo dice, inspector?

—Le preguntaba si cree que su muerte no ha sido natural.

—No, no, más bien creo que sí ha sido natural, pero he preferido llamarles a ustedes.

—Ha hecho lo correcto. A mí también me parece muerte natural, pero vendrá el juez a levantar el cadáver y el médico forense. Será llevado a la

Morgue para la autopsia correspondiente.

—Sí, claro, es lógico.

—¿Tenía familiares?

—Que yo sepa, no. En realidad, vivía aquí. Se cuidaba de las luces y vigilaba el teatrito por las noches.

—Bien, tomaremos nota de todo y de cuantos se hallaban presentes en este local.

Los policías se dedicaron a tomar notas mientras esperaban al juez, al médico forense y a la ambulancia que debía llevarse el cadáver.

—Probablemente ataque cardíaco —opinó el forense casi con indiferencia, sin dar importancia al hecho de que un hombre acabara de fallecer—. No obstante, habrá que esperar a ver qué dice la autopsia, nunca se sabe.

Llegó la ambulancia con los camilleros y Norton fue sujetado en la camilla con coreas, ocultando su rostro con la sábana. Fue sacado del Pictures Theatre School.

—Por hoy es suficiente —dijo Terence. Dirigiéndose a uno de los alumnos le preguntó—: Henry, ¿podrás encargarte de las luces a partir de ahora?

—Por supuesto —asintió el joven.

Era alto y lucía una barba recortada, cobriza como su abundante cabello. Atraía a las mujeres con su aspecto varonil, su voz bien timbrada y algo ronca, propia de una garganta muy viril y Abigail no fue una excepción en esta atracción.

—Ya vigilaré yo el teatro por la noche —se ofreció Edward, el viejo actor convertido en maestro por Terence, que seguía creyendo en él.

—Gracias. Mientras, ya buscaremos a otro hombre que se encargue de ello.

Norton había sido apreciado por todos pese a su carácter gruñón, no desdeñaba nunca hacer un favor a alguien, por ello los alumnos se sintieron afectados por su muerte. Todos se olvidaron de las interpretaciones, incluida Geraldine que se había reunido con los demás compañeros.

—Voy a cerrar las luces —dijo Henry.

—Bien, mañana a la misma hora. Hay que tener la obra lista para el sábado, no podemos poner cerrado por defunción. Si muero yo en igual forma, vosotros seguid adelante, será la mejor muestra de amistad que podáis darme.

En otras circunstancias más favorables, una alumna nueva habría llamado más la atención; ahora, su presencia quedaba diluida por los últimos acontecimientos.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Geraldine a Abigail.

—Sí, la verdad es que no tengo a donde ir.

Sandra inquirió:

—¿Has llegado nueva a la ciudad?

—No soy de aquí, vengo de la costa. Tengo la maleta en la consigna de la estación de autobuses.

—¿Qué hacemos, Sandra, la llevamos con nosotros? —preguntó Geraldine.

—Bueno, siempre se podrá colocar una camita más.

—Eh, chicas, ¿listas para la marcha? —preguntó Henry. Ya había desconectado las luces del escenario, dejando sólo las de piloto y control para que nadie tropezase con las butacas.

—Henry nos llevará en su «carroza» —dijo Sandra.

Salieron. La calle no era muy ancha. Aquél no era un barrio muy distinguido, había varios locales de strip-tease, pubs, dos sex-shop y algunas escaleras sórdidas que no transpiraban nada bueno.

Henry tema un modelo antiguo de automóvil con la carrocería pintada de distintos colores según la pintura que tuviera más a mano en spray para impedir que las oxidaciones siguieran corroyendo la chapa. Los niquelados habían desaparecido bajo una espesa capa de pintura negra mate que no reflectaba la luz de los faros de otros automóviles.

—No temas, funciona —le dijo Henry al ver la cara que ponía la nueva alumna mirando el automóvil frente al que se habían detenido Geraldine, Sandra y otras dos chicas más.

—Henry es un as de la electrónica y de la mecánica —dijo Sandra.

—Es mejor que por estas calles no vengas nunca sola de noche —le recomendó Geraldine.

—¿Es peligroso?

—Sí, te pueden tomar por una furcia y los tipos embriagados son demasiado violentos para hacerles entender las cosas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Henry.

—Abigail.

—Un bonito nombre bíblico.

—En la Biblia hay muchos nombres —le observó ella.

—Sí, muchos. Todos arriba... El bus «carroza» se va a poner en marcha.

Abigail esperaba que el auto trepidara de mala manera; sin embargo, el rumor del motor sonó suave. Se alejaron de la calle donde se ubicaba la pequeña escuela de actores y actrices que nada tenían que ver con las grandes compañías del teatro y del cine, aunque algunos de ellos hacían ya pequeñas cosas en cortos de televisión.

—Si quieres triunfar en el mundillo del teatro y del cine, no interpretes como lo hacemos en nuestro teatrito —le dijo Henry, que se había sumergido con su coche en las débilmente alumbradas calles de la ciudad. Las restricciones de la luz ciudadana se habían puesto en vigor debido a la crisis del petróleo.

—¿Ah, no? ¿Cómo tengo que interpretar entonces?

—Pues como veas hacerlo en televisión o en el cine. Hay que hacerlo mal para caer bien a la gente. Si lo haces como dice Terence, no te entienden. Lo más suave que te soltarán es que estás como una cabra.

—Entonces, ¿por qué vienes tú a aprender?

—¡Porque todos estamos como cabras! —se rieron las otras muchachas que viajaban apretujadas, a excepción de Geraldine que iba junto al conductor.

—Por favor —pidió Henry—; Norton todavía debe estar caliente, un poco de respeto, nada de risas por esta noche.

—Ahora descansará —suspiró Sandra.

—O sufrirá lo que ni siquiera había imaginado —objetó Abigail, hermética.

—¿Sufrir? Si está muerto —observó otra de las jóvenes.

Henry propuso:

—Vamos a por la maleta.

El viejo Volkswagen se dirigió a la terminal de autobuses interurbanos. Aquí, Abigail recogió su maleta y el resto de pertenencias.

—Podrías llevar baca en el coche —le gruñó Sandra.

—¿Y quién me iba a decir a mí que sería un transportista? —replicó Henry mientras su coche se entremezclaba con los innumerables automóviles que en la ciudad regresaban a sus lares. La maleta iba sobre las rodillas de las muchachas y podía decirse que allí dentro no cabía ni una aguja más.

Llegaron al edificio donde se hospedaban las jóvenes. Era un lugar gris, con muchos años sobre sus ladrillos.

Abigail lo observó escrutadora pese a que sólo una farola algo lejana lo iluminaba.

—De día no es tan siniestro —le dijo Nancy.

—Antes de que pase mucho tiempo, estaré en un sitio mejor.

—¿Piensas comprarte un apartamento de lujo con lo que ganes en el teatro? —le preguntó Sandra con sorna.

—No sé si será en el teatro o de otra forma, pero será un lugar mejor; lo que no quiere decir que no os dé las gracias por acogerme.

—¡Arriba todas! —Henry se encaró con Abigail y le dijo—: En el edificio de al lado me hospedo yo y otros. Si oyes maullidos en la noche, no abras la ventana, seré yo y cuando me convierto en gato soy muy malo.

—Oh, sí, es terrible —corroboró Sandra, siguiéndole la broma—. Le llaman el gato violador.

—Es muy interesante —silabeó Abigail—. Dejaré un cable de electricidad en la ventana por si algo de eso ocurre.

—Eh, eh, vigiladla, me temo que tiene muy malas intenciones —pidió Henry, poniéndose supuestamente serio.

—Vivimos en la buhardilla —advirtió Nancy.

Geraldine suspiró ruidosamente.

—Y no hay ascensor.

—Nos sirve para mantener en forma las piernas, el corazón y los pulmones —añadió Sandra.

—No me importa.

—Cuando pongas alguna trampa en la ventana —le advirtió Henry—

recuerda que está a mucha altura.

—Dame, ya subiré yo mi maleta, Henry. Gracias por traerme.

—No, no, ya sé que ahora sois igual que los hombres, pero todavía puedo hacerte un favor, Abigail, y no de macho a hembra, sino por diferencia de peso y estatura.

—¿De fuerte a débil?

—Algo así. ¿Te sabe mal?

—No, porque es evidente que cualquiera de nosotras somos más débiles que tú, eso salta a la vista. Eres un tipo simpático, Henry.

Le cogió por las solapas de la cazadora de cuero, se alzó de puntillas y le besó en los labios ante la sorpresa y expectación de las demás muchachas, que se miraron entre sí, sorprendidas.

—Vaya, vaya, qué eficiente es la nueva —rezongó Sandra.

Cuando pudo respirar y con las manos ocupadas por el equipaje de Abigail, Henry comentó:

—Es terrible, parece como si hubiera buceado en un volcán submarino.

—Oh, qué expresión tan clara y poética al mismo tiempo —exclamó Geraldine con sorna.

—Sólo le daba las gracias por lo amable que es —dijo Abigail.

—Pues cuando le des algo más que las gracias, pobre Henry —dijo Nancy, malintencionada.

—Bueno, chicas, arriba. Si no me marcho pronto, voy a coger pánico, solo con tantas mujeres.

—Ni que fuéramos ninfómanas —se rió Sandra.

—Henry no serviría para jeque del petrodólar; si se asusta con cuatro, ¿qué haría con cincuenta?

—Los árabes sólo tienen cuatro esposas oficiales —puntualizó Abigail.

—Bien, bien —asintió Nancy—. Henry, ya lo has oído, cuatro si te haces del Islam, que eso está de moda para conseguir algún barril de petróleo.

—Después de subir arriba cargado como un mulo, creo que no podría con todas, claro que si me dejáis probar a ver si resisto...

—¡Granuja!

—¡Sátiro!

—¡Maníaco sexual!

Hubo toda clase de improperios y adjetivos burlones que acabaron por hacer reír a todos.

Llegaron a lo alto. Geraldine abrió la puerta, encendieron la luz y entraron.

—Eh, ¿qué te parece? —preguntó Sandra.

—Es una salita con intimidad —opinó Abigail.

—Si encendemos todas las bombillas, plaf, nos quedamos a oscuras. El sistema eléctrico está tan podrido como los cimientos de la casa. Si se cae, ¿sabes qué tienes que hacer? —preguntó Nancy.

—¿Te refieres a si se cae la casa?

—Sí, sí, la casa.

—Pues no sé.

—¡Aaaaaah, ya hemos llegado! —gritaron todos a un tiempo.

Abigail parpadeó, opinando:

—Sois muy de la broma.

—Aquí, en la salita, dormimos Geraldine y yo —dijo Sandra.

—¿En la salita?

—Ajá.

—¿Dónde? No veo camas.

—Mira qué butacas —le señaló Sandra.

Comenzó a desplegar el asiento de una de aquellas mullidas butacas y la convirtió en una estrecha cama cuyo cabezal era el respaldo del propio sillón.

—No está mal, ¿verdad? —Le dijo Geraldine—. Tenemos sólo dos. Nancy duerme en la habitación y tú dormirás también allí.

—Le haremos un sitio —dijo Nancy—. Lo malo de la habitación es que sólo tiene una ventana pintada.

—¿Pintada?

—Sí, la pintó Geraldine.

—¿Y por dónde se respira?

—Pues por la salita, en realidad se levantó un tabique.

—Eso es insalubre.

—Bueno, que os distribuyáis bien. En el edificio de al lado no estamos mejor. Y luego dirán que la gente del teatro vive bien.

Se rió Henry, marchándose hacia la puerta; antes de salir, se detuvo.

Geraldine le preguntó:

—¿A qué esperas?

—No sé, creo que puedo tener el honor de ver cómo la nueva se quita el viso, ¿no?

—¿Por qué quieres verme? —preguntó Abigail, sonriente.

—Es que se recrea en el sexo —dijo Nancy ampulosamente.

—¿Es que no hacéis desnudo integral en el teatro de la escuela?

Tomaron unos sándwiches preparados con los alimentos que tenían en un pequeño frigorífico porque, según Nancy, si lo ponemos más grande no podemos encender las bombillas.

—No hay que preocuparse' —dijo Geraldine—. En cuanto Abigail se haga millonaria tendremos todas un gran confort de vida porque no nos vas a dejar en este lugar si tú te haces rica, ¿verdad?

Abigail esbozó una sonrisa enigmática. Permaneció así unos segundos, como si tuvieran que fotografiarla, y al fin dijo:

—Por supuesto, la que quiera venir conmigo a vivir la vida grande podrá hacerlo. Yo tengo planes, muchos planes.

—¿Y por qué no nos los explicas? —Preguntó Sandra—. Tengo que rellenar boletos de apuestas para tener la posibilidad de hacerme rica, porque lo que es trabajando lo veo muy difícil y como no quiero pasarme la noche lavándome lo que ya os imagináis para salir adelante, tengo que dedicarme a

apostar, claro que como yo, imagino que somos muchos en este planeta.

Estuvieron charlando de cosas sin trascendencia. Abigail evitó el protagonismo y, disimuladamente, se dedicó a observar a sus compañeras.

Nancy hizo lo que pudo por disponer la cama a la nueva compañera. Un nada apreciable somier con colchoneta plana salió de debajo de la cama que utilizaba Nancy.

Las dos muchachas se dispusieron para dormir. Abigail extrajo de un bolso una especie de polvera que despidió unos efluvios aromáticos desconocidos.

—¿Qué es eso? —quiso saber Nancy.

—Me gusta oler estos polvos para dormir.

—¿Un somnífero?

—No, sólo un sedante. Es muy exótico, oriental.

—Qué caja tan linda.

La tapa de la caja era ovalada, como la caja misma que por su parte exterior representaba claramente un ojo, un ojo extraño con esmaltes y piedras preciosas que brillaron a la escasa luz de la bombilla, pobre de potencia.

—Qué ojo más bonito, parece de las mil y una noches.

—Me lo trajo un tío mío que era marino y que viajaba a menudo al Asia meridional. Es una joya muy especial.

—Valdrá una fortuna, ¿no?

—Míralo bien, fíjate —le pidió suavemente.

Nancy clavó sus ojos en aquel ojo tan enigmático, un ojo que semejaba guardar unos polvos misteriosos que fueron desprendiendo su aroma que, de forma impalpable, envolvía más y más a las muchachas y no podía decirse que aquel aroma resultara particularmente agradable, como tampoco podía resultar grato el olor a tabaco para alguien que lo desconociera.

Sin darse cuenta, Nancy fue perdiendo expresión de viveza en sus ojos. Era como si, de pronto, se quedara dormida con los ojos abiertos.

CAPITULO III

Nancy era una joven que siempre había estado orgullosa de sus largos cabellos castaño dorados, algo oscuros pero siempre transpirando belleza.

Sobre el largo camisón de tela rosada se colocó un abrigo azul oscuro; salió del apartamento sin que nadie pareciera notar su huida, pues realmente era como una huida.

Se marchó en zapatillas, sin hacer huido. La escalera del edificio formaba casi una espiral y se hizo larga, muy larga. Vista desde arriba, era como un enorme pozo que engullía a la muchacha que descendía peldaños y más peldaños.

Nancy salió a la calle. Era de madrugada y hacía frío, había caído una finísima, casi imperceptible llovizna, como un rocío grasiento sobre la, gran ciudad, sobre los tejados, sus aceras, su asfalto y sobre sus árboles enfermizos que luchaban por sobrevivir.

Nancy anduvo por las calles desiertas, como una sonámbula. De vez en cuando, pasaba raudo un automóvil que venía de alguna parte y se dirigía quien sabía adónde.

Un borracho noctámbulo salió de un portal entreabierto donde acababa de orinar. Las tabernas estaban ya cerradas, la ciudad se había tomado hostil. Se levantaba una ligera niebla amenazando con una amanecida muy neblinosa.

Al descubrir a la hermosa sonámbula, que semejaba vagar por las calles, el borracho se acercó a ella.

—Preciosa, yo sé donde hay un catre en el que tú y yo podemos...

Nancy ni le miró, siguió caminando y el hombre la cogió por un brazo haciéndola vacilar. De pronto, se pudo oír un gruñido, mezcla también de rugido.

El beodo volvió la cabeza y le pareció ver la figura de un gran perro o de algo que se le parecía. Era tan negro que semejaba disolverse en la noche misma, mas sus ojos fulguraban en amarillo y rojo y los colmillos se desnudaban, amenazadores.

—Eh, eh, ¿qué, qué es eso?

El beodo retrocedió hacia la pared y Nancy siguió caminando como si nada hubiera ocurrido mientras el hombre se sentía amenazado por aquella fiera que semejaba proteger el paseo de Nancy.

No fue el borracho el único en apartarse de Nancy al ver la sombra que la escoltaba. Un motorista, al verla a distanciarse le acercó, pero de nuevo aquella fiera rugió y el motorista se alejó haciendo mucho ruido con su máquina. Si se trataba de un perro tenía que ser un perro gigante y diabólico y nadie quiso exponerse a sus fauces.

Nancy anduvo, anduvo... Pasaron los minutos, luego una hora y después otra. Al fin, en un área residencial, se detuvo frente a una mansión que apenas tenía dos metros de jardín a lo largo de toda su fachada. Indudablemente, allí

debía vivir gente rica, una mansión que, sin embargo, debería tener ya más de un siglo.

Nancy se enfrentó con la puerta como si la conociera desde hacía mucho tiempo. La puerta de rejas cedió suavemente, cruzó los dos metros que separaban la calle de la edificación y llamó a la puerta.

Lo hizo por tres veces más hasta que alguien la observó a través de la mirilla.

—¿Quién es?, ¿qué quiere?

—Quiero hablar con Agnes Wallace.

—Ahora no puede ser, la señora está descansando; vuelva mañana.

Nancy volvió a pulsar el llamador. Asió luego un antiguo aldabón que se conservaba sobre la puerta, más por estética que por efectividad y golpeó fuerte para hacerse oír.

—Un momento, un momento, voy a ver...

Nancy dejó de golpear y quedó quieta frente a la hoja de recia madera que aún no se había abierto para ella. La criada le había hablado a través de una artística y antigua rejilla.

Se encendieron varias luces en la casa y al fin se abrió la puerta, pero tenía dos cadenas de seguridad.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Es usted Agnes Wallace?

—Sí, yo soy —dijo la mujer, que debía haber rebasado la cincuentena. Se había abrigado con una gruesa bata de paño y su rostro expresaba cierto temor.

—Entonces, usted es la culpable.

—¿La culpable? No entiendo nada. ¿Quién es usted?

—Su conciencia, su víctima... Recuerde mis palabras, es usted egoísta, ambiciosa.

—¡Señora, cierre la puerta, está loca, es una loca suelta! —exclamó la criada, excitada.

—Pero ¿quién es usted?

—No la dejaré olvidar que es usted culpable de mi muerte.

—¿De su muerte? Si está viva —dijo, ya más nerviosa, Agnes Wallace.

—Señora, cierre la puerta y si no se va, avise a la policía —pidió la criada, muy nerviosa. De cuando en cuando, observaba por la mirilla mientras el ama de la mansión lo hacía por la puerta ligeramente abierta, lo que permitían las cadenas de seguridad.

Nancy no insistió más, dio media vuelta y descendió los tres peldaños. Cruzó aquella franja estrecha que no podía llamarse jardín y salió a la calle, observada desde la puerta por las dos mujeres residentes en aquella antigua y confortable mansión.

Nancy no anduvo por la acera, sino que cruzó la calle en perpendicular frente a la casa cuando apareció un automóvil sin luces ni identificaciones, oscuro como la misma noche.

El motor roncó, potente; luego un golpe fuerte, tan fuerte como sordo. Nancy fue levantada en el aire, se golpeó contra parte del parabrisas y después cayó al suelo criminalmente atropellada.

El vehículo asesino se alejó por la calle a gran velocidad ante la estupefacción de Agnes Wallace.

—¡La han matado. Dios mío, la han matado!

—¡Señora, no salga, por favor, no salga!

—¡Llama a la policía en seguida!

—Sí, sí, eso, a la policía.

Agnes Wallace salió de su casa presa de una mezcla de temor, excitación y horror.

La chica que tan extrañas palabras pronunciara yacía casi junto al bordillo de granito. Tenía las piernas en una posición grotesca, como una muñeca rota. Sus ojos estaban abiertos y la sangre escapaba por su boca, manchándola.

—¡Dios mío, está muerta!

La visión de aquella muchacha, rota en el esplendor de su vida tras la misteriosa llegada en la noche, no sabía cómo ni por qué, la impresionó terriblemente y no pudo evitar ser víctima de un ataque de histeria que la hizo llorar con una mezcla de aullidos.

—Aaaaaauufff...

Ante el terrible rugido, se volvió bruscamente y casi junto a la pared descubrió a una fiera demoníaca. Sus ojos grandes estaban inyectados en sangre y las mandíbulas abiertas despedían un aliento caliente y fétido que más que olfatearse, se veía.

Agnes Wallace no pudo resistir más y cayó al suelo perdiendo el sentido cuando ya salía su criada, corriendo.

—¡Señora, señora...!

No tardó en llegar la policía y una ambulancia. La señora Wallace, recuperado el conocimiento pero temblando aún, incapaz de explicarse, hipando espasmódicamente, fue entrada en la mansión y tendida en la cama por su criada.

—Tiene que llamar a un doctor —le dijo el inspector de policía— o tendremos que llevarla también a ella al hospital.

—No, no, ya avisaré al doctor que siempre la atiende; es el doctor Amoldson.

—Déme su número de teléfono y le llamaré yo mismo —se ofreció el policía mientras afuera, en la calle, con el cadáver cubierto, aguardaban la llegada del juez de guardia.

El doctor Amoldson no tardó en llegar a la casa. Se enteró de lo ocurrido y recurrió a un sedante por vía venosa. Luego dijo a la criada:

—Dormirá hasta mañana. Cuando despierte, llámeme de nuevo.

—Sí, sí, doctor Amoldson.

El agente se le enfrentó diciendo:

—Hemos de interrogarla; al parecer, ella es la única testigo de este

homicidio. La criada no pudo ver nada, estaba detrás de la puerta.

—Me hago cargo —admitió el médico—, pero en las circunstancias en que se halla la señora Wallace, sería inútil interrogarla, está bajo los efectos de un shock nervioso. Comprenda, ha sido arrancada del sueño por una situación inesperada, se ha visto enfrentada a la muerte y...

Al día siguiente, el policía pudo interrogar a la señora Wallace, mas no sacó nada en claro. Ella repetía que el coche era oscuro y no llevaba luces, que no había podido ver nada y no mencionó a la extraña fiera que ya no estaba segura de haber visto.

El inspector Sanders se dirigió al Pictures Theatre School. Allí encontró a los jóvenes alumnos ensayando, aprendiendo del maestro Terence, aquel extraño actor de cabeza rapada y ojos exageradamente maquillados.

—¿Cree alguien que la chica podía tener algún motivo para salir sola en la noche, con camisón y un abrigo por encima?

—No nos dimos cuenta de que se marchara —explicó Geraldine.

Sandra añadió:

—Yo tampoco me di cuenta.

—Yo estaba tan fatigada que no me enteré de nada —dijo Abigail—. Al no estar a la mañana siguiente en su cama, pensé que se habría ido a alguna parte. En realidad, no sé nada de ella.

—¿Alguien conocía su vida privada? —preguntó el inspector.

Nadie respondió. Fue Terence quien concretó:

—La vida privada de los alumnos de esta escuela de actores y actrices es eso simplemente, privada. Si la ha atropellado un automovilista asesino, deben ustedes de encontrarle.

—Eso tratamos de hacer, pero no hay pistas. Por desgracia, no se rompió nada, me refiero a ninguna luz del coche, tampoco ningún cristal.

—La muerte de Nancy nos ha afectado a todos —se lamentó Sandra.

—Y la de Norton, también —añadió Henry desde el escenario.

—¿Norton? —repitió el inspector Sanders, enarcando la ceja izquierda.

El director de la pequeña escuela de teatro integral aclaró:

—Norton era un hombre ya viejo que cuidaba del local y de las luces hasta que murió.

—¿Su muerte tuvo algo de particular? —quiso saber el policía.

—Se murió sentado en su silla, le hicieron la autopsia y se dictaminó muerte por infarto de miocardio.

—Bien, seguiremos investigando. Si alguien cree saber algo acerca de Nancy que pueda esclarecer la verdad, le rogaré que se ponga en contacto conmigo, Brigada de Homicidios, inspector Sanders. No lo olviden; hay que hacer justicia a la muerte de su compañera.

Mientras, en la mansión de Agnes Wallace ocurría algo inesperado.

—Me siento muy cansada, voy a acostarme —le dijo a su criada que era quien gobernaba aquella mansión que resultaba grande, demasiado grande para la señora Wallace, que sólo ansiaba que llegaran las vacaciones

estudiantiles para llenarla con el griterío de sus sobrinos.

—¡No, no, no! —comenzó a repetir desde el umbral de la puerta de su dormitorio. Era como si le faltara el aire, como si suplicara al borde del pánico.

En la cama, en su propio lecho, yacía aquella muchacha, rota como una muñeca, con los ojos abiertos y manando sangre por la boca, sangre que goteaba hasta el suelo alfombrado.

—¡Noooooo!

—Señora, ¿qué le ocurre?

Agnes Wallace tuvo que apoyarse contra una pared para no caer cuando llegó la empleada de hogar junto a ella.

—¿Qué le ocurre, señora?

—¡Está ahí, ahí, en mi cama, está ahí!

—¿Quién, señora?

—¡Ella, ella!

La criada se asomó con temor a la puerta. Miró hacia el interior de la alcoba y balbuceó después:

—No veo nada, señora.

—Sí, sí, está ahí, es ella, la he visto.

—No hay nada, señora, nada. ¡Aaaaah! —gritó de pronto, aterrorizada, al mirar hacia el fondo del pasillo.

Nancy, espectral, vacilante, caminaba hacia ellas con los ojos vidriosos y escapándole la sangre por la boca.

—Dios mío. Dios mío, ayúdame —suplicó la mujer mientras al fondo, detrás de la figura de Nancy, brotaba como una carcajada diabólica, una carcajada que semejaba filtrarse entre las paredes.

Nancy se detuvo y luego se disolvió en una nubecilla de humo que se formaba de ella misma hasta que la pequeña nube, ante el terror de las dos mujeres que se habían quedado quietas como estatuas, se alejó hacia el corredor hasta desaparecer.

CAPITULO IV

La voz salía fuerte de la garganta de Abigail en aquella versión muy libre de la obra El rey Lear, una versión muy propia de la extraña visión que Terence tenía de las cosas.

—Tal como yo lo veo, las hermanas os odiáis porque teméis perderlo todo y que las otras se lleven vuestra parte. Soltad las palabras como si os estuvierais escupiendo. Fuerza, más fuerza... —exigía Terence.

Abigail y Geraldine se enfrentaron. Abigail ponía más fuerza en la expresión de su odio, se hubiera dicho que sentía vivamente cuanto decía.

Hubo aplausos para ambas. Terence la felicitó.

—Abigail, lo estás haciendo muy bien. Eres capaz de expresar el odio de una forma que realmente impresiona.

—Trato de hacerlo lo mejor que puedo.

—El próximo sábado saldrás al escenario con público, será tu bautismo de fuego. ¿Estás contenta?

—Sí, sí, mucho.

Abigail recibió ánimos y felicitaciones de sus compañeros. Geraldine se apartó junto a Henry y comentó, preocupada:

—Abigail no interpreta, es ella misma.

—Vamos, Geraldine, no me irás a decir que le tienes celos artísticos. Eso sería absurdo, ahora que todos estamos empezando.

—No, no son celos; te lo juro, Henry, no son celos.

—Vamos, vamos, esta noche iremos a tomar unos sándwiches juntos.

—No me crees, ¿verdad?

—Claro que te creo, pero has de aceptar que ha hecho una interpretación magnífica tal como exigía Terence. Ya sé que muchos espectadores o pocos, según los que vengan el sábado, dirán que esta adaptación nada tiene que ver con el original de Shakespeare, pero se equivocan. Terence bucea en el fondo de las almas de los personajes, los distorsiona, pero les saca la verdad de las entrañas, los convierte en seres vivos. Abigail ha sabido captar muy bien la concepción que Terence tiene de la obra.

—¿Y yo no?

—Tú has estado magnífica, como siempre.

—Pero en ese «magnífica» no pones el mismo entusiasmo que al hablar de Abigail.

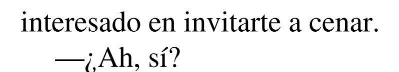
—¿Qué sucede, estáis discutiendo? —preguntó Abigail, muy segura de sí.

—¿Discutiendo? No, no, claro que no, es que Henry me estaba contando lo maravillosa que has estado en escena.

—¿Que he estado o que hemos estado?

—Ejem, que habéis estado —concretó Henry.

—No mientas, Henry, tus elogios iban para Abigail y puesto que se los merece no debes escatimárselos. Por cierto, Abigail, Henry está muy


interesado en invitarte a cenar.

—¿Ah, sí?

—Bueno, como ya eres una gran actriz.

—No te pases, todavía no he recibido el aplauso de un público.

—¿Y nosotros qué somos?

—Unos compañeros.

—El público del sábado no paga entrada —le puntualizó Geraldine.

—De todos modos, tengo que hacer. Otro día, Henry, y gracias.

—Ah, pues cuando quieras y siempre que tenga algo de plata en los bolsillos.

Abigail se alejó, pero aún tuvo tiempo de oír la voz de Henry diciéndole a Geraldine:

—¿Por qué has hecho esa tontería? A mí, con quien me interesa cenar es contigo.

—Creí que te interesabas por ella...

—Ella...

Abigail no pudo oír más. Su rostro se había transfigurado ya, parecía como dispuesta a interpretar de nuevo el odio entre hermanas.

Abigail abandonó aquel teatrito pequeño e incómodo en el que se acumulaban tantas y tantas ilusiones. Tomó un taxi y desapareció.

Hora y media más tarde, otro taxi se detenía frente a la residencia de Agnes Wallace. Había algo aquí que parecía asomarse por las ventanas; era algo raro, lúgubre, algo que no dejaba que gatos ni perros se acercaran.

Abigail vestía ahora un traje de chaqueta sastre y debajo, una blusa blanca de cuello redondeado, cualquiera la hubiera tomado por una maestra de escuela con mentalidad casi victoriana.

Llamó al timbre y no tardó en franquear la puerta un hombre alto y fuerte, de rostro severo.

—¿Qué desea?

—Vengo a hablar con la señora Wallace.

—¿La espera la señora?

—Dígale que me llamo Abigail y que puedo solucionar su problema.

—Aguarde un momento, por favor —le dijo, haciéndola pasar a la salita que había junto al vestíbulo.

Abigail no parecía tener prisa y se mostraba muy segura de sí misma. El mayordomo no tardó en aparecer nuevamente y le pidió:

—Sígame, por favor.

Entraron en una salita que estaba llena de luces. Había allí tal luminosidad que cegaba como un día de sol en el Sahara. Fluorescentes detrás de pantallas más o menos artísticas para que pudieran encajar con la decoración ambiental.

Encajada en una butaca había una mujer de avanzada edad; sin embargo, sus parientes y quienes la conocían bien, sabían que en el transcurso de unos pocos meses,

Agnes Wallace semejaba haber envejecido diez años físicamente.

Abigail se sintió observada con curiosidad. Se acercó a la mujer y le tomó la mano que temblaba.

—Todo puede solucionarse aún.

—¿Dice...?, ¿dice que se llama Abigail?

—Así es, señora Wallace.

—¿Y qué sabes tú de lo que me sucede a mí, muchacha?

—Sé que un espectro, un fantasma, la persigue. En realidad, un fantasma y un espectro no son lo mismo, pero para usted sí. ¿Me equivoco?

—¿Quién te lo ha contado?

—Cosas como éstas no pueden ocultarse, lo leí en una revista.

—¿En una revista, dice?

—Sí, de parapsicología. En realidad, no la creían a usted.

—Lo sé, lo sé.

—Sé que todo ocurrió una noche aciaga. Apareció una joven, le dijo cosas extrañas y luego murió en un accidente.

—Sí, pero su espíritu penitente y horrible se quedó aquí.

—Usted llamó a sacerdotes, a monjas, pero nada pudieron hacer. Después se puso en contacto con los espiritistas, llamó a dos famosas exorcistas y nada. Por último, recurrió a los parapsicólogos y ellos opinan que es usted una alucinada, que es mejor que acuda a un psiquiatra.

—Sí, sí, todo es cierto, pero el fantasma de la muchacha muerta está en esta casa y en cualquier lugar adonde yo vaya.

—Ha probado incluso a viajar a lejanos países y la ha seguido. ¿No es cierto?

—Sí, sí, me ha seguido, es horrible. Pero tú, tú, ¿qué sabes de esto?

—Yo sé muchas cosas, señora Wallace. Yo puedo librarla para siempre de la visión de ese fantasma.

—Imposible, imposible, otros lo han intentado ya y no quiero volver a repetir esas desagradables experiencias. Hortensie, mi ama de llaves, ha enloquecido y ahora está en un manicomio. Ella no pudo soportarlo, yo misma he creído volverme loca en otras ocasiones y si he escapado ha sido por mi fe en Dios. Algún día terminará esta horrible pesadilla.

—¿Por eso ha llenado esta habitación de luz, para no tener miedo?

—Sí, sí, la luz no le gusta al fantasma de la muchacha.

—Y ha contratado a un mayordomo en vez de un ama de llaves para que la pueda defender y socorrer en sus momentos de horror.

—Sí, Stephen es un hombre muy frío, no cree en nada. Claro que él, como todos, menos Hortensie y yo, no ha visto al fantasma de la muchacha. Creen que son alucinaciones porque no la ven, pero yo sí que la veo y sé que no es una alucinación. La veo en todas partes, con los ojos llenos de muerte, con la boca siempre sangrante, rota después del accidente que la mató, pero reviviendo en cada ocasión.

—Usted la teme, ¿verdad?

—Sí, sí, la temo. Me acusó y no sé por qué lo hizo ni de qué me acusó.

Muchas noches despierto creyendo que todo esto es una pesadilla que pasará.

—Yo conocía a Nancy.

Los ojos de Agnes Wallace se abrieron mucho al mirar a Abigail, interrogantes.

—¿La conociste mucho?

—Lo suficiente.

—¿Y cuál era el problema? Por más que he tratado de descubrirlo, no lo he conseguido.

—Nancy quería ser una gran actriz de teatro.

—Sí, lo sé, me lo contó mi abogado que se interesó en el juzgado.

—Nancy se creía marginada por las gentes como usted.

—¿Como yo?

—Sí, como usted que es la propietaria de un hermoso teatro en el centro de la ciudad.

—Pobre de mí... El teatro era de mi esposo, en paz descanse, era uno de sus negocios. Le gustaba jugar a ser empresario, aunque los negocios que le rendían más beneficios no eran precisamente los del teatro.

—El Glory Theatre es ahora suyo por herencia.

—Sí, lo es. Un agente lo contrata a los empresarios de compañías teatrales. No sé lo que hacen en ese teatro ni me interesa.

—Usted sólo sabe que recoge unos beneficios de ese local, ¿no es así?

—Sí.

—Ofrézcale el teatro a Nancy y ella se marchará.

—¿Ofrecerle el teatro al fantasma de la muchacha? —repitió, atónita.

—Sí, eso he dicho, y una subvención anual en el banco para mantenerlo. Eso usted puede hacerlo y no se va a arruinar, tienes otros negocios de los que supongo tampoco sabe nada porque los administran profesionales que viven de ello. Usted posee riquezas en cantidad más que suficiente para que no le preocupe entregar el Glory Theatre al fantasma para que se aleje de su vida. ¿O acaso prefiere que la presencia de la muchacha muerta la persiga durante toda su vida que, sin duda, se acortará por el sufrimiento que padece?

—Pero ¿cómo podría entregarle el teatro y una subvención económica anual en un banco si ella está muerta?

Había viva extrañeza en los ojos de Agnes Wallace.

—Un agente lleva sus asuntos de teatro, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues digamos que yo sería la agente de Nancy.

Agnes Wallace parpadeó, visiblemente incrédula.

—No entiendo. ¿Quieres decir que tú administrarías el teatro?

—Sí, porque un ser muerto no puede tener propiedades.

—Claro que no, es absurdo.

—Bien, pues si alguien ha de figurar como propietario en persona física, sería yo.

—Vamos, vamos, lo que tú quieres es que yo te regale el teatro.

—Si lo ve de esa forma, señora Wallace...

—Disculpa, muchacha, porque para mí todavía eres una muchacha, pero lo que creo es que tratas de embaucarme.

—Yo podría pedirle una oportunidad para demostrarle que cuanto le digo es cierto, pero no voy a hacerlo.

—¿Ah, no? Creí que tratarías de demostrar tus poderosas cualidades de espiritista. Lo siento, muchacha, pero por un momento has estado a punto de confundirme. Me he confesado contigo, hasta el punto de que te he contado cosas de mí, demasiadas cosas, supongo que es porque estoy terriblemente desconcertada con lo que me sucede.

—Señora Wallace, no se preocupe por mí; le dejo mi número de teléfono. Cuando crea que puede aceptar mi trato, llámeme.

—Creo, Abigail; ése es tu nombre, ¿no?

—Así es.

—No es necesario que dejes tu tarjeta.

—Sí, se la dejo porque me llamará, estoy segura de que me llamará en cuanto vea a Nancy acompañada.

—¿Nancy acompañada?, ¿qué quieres decir?

—¿No ha visto nunca a Agnan?

—¿Quién es Agnan?

—Es un demonio transformado en gigantesco y pavoroso perro. Se cuenta que entre sus fauces cabe la cabeza de un ser humano.

—Por favor, no me expliques más historias de terror. Ahora desearía descansar.

—Que se cumpla lo que usted desea, señora Wallace; pero recuerde que yo tengo mi protector y por ello estoy en disposición de ayudarla.

—¿Tu protector? —inquirió, intrigada.

—Sí, mi tío Jeremiah. Buenas tardes, señora Wallace.

Abigail abandonó la mansión de la viuda Wallace acompañada por el circunspecto mayordomo que nada dijo. Cabía suponer que la señora Wallace pagaba muy bien a aquel hombre por residir y trabajar en una mansión por la que se suponía deambulaba el fantasma de una muerta.

Al propio tiempo, Stephen había sido el encargado de rechazar a los reporteros sensacionalistas. En aquella casa, oficialmente, no sucedía nada. La señora Agnes

Wallace sufría constantes depresiones nerviosas, pero se resistía a caer en manos de un psiquiatra, ya que temía acabar encerrada en una clínica de la que no la dejarían salir jamás, especialmente sus parientes de segundo grado, herederos de su fortuna.

Abigail no se marchó molesta. Sus planes seguían adelante y hasta le resultaba difícil contener la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios. La señora Agnes Wallace terminaría por sucumbir.

CAPITULO V

Agnes Wallace suspiró largamente; se sentía cansada, muy cansada.

—Dios mío, cuánta gente ha intentado sacarme dinero a causa de mi desgracia.

Aquella noche, cenó muy poco.

Stephen no le hizo preguntas, pero mientras recogía el servicio de la mesa para dejarlo en la cocina y que se encargara de él al día siguiente una de las dos empleadas de limpieza que pasaban su horario laboral en la mansión, lo mismo que la cocinera, y a todas ellas la señora Wallace les había tenido que aumentar exageradamente el salario por temor a que la dejaran sola, le dijo:

—Si la señora desea algo antes de que me marche...

—¿Se marcha, Stephen? —inquirió, sorprendida.

—Así es, señora Wallace, esta noche libro.

—¿Por qué?

—Es mi noche libre; así lo establecimos en el contrato, señora,

—Sí, ya recuerdo, pero ¿no podrías cambiar la noche?

—Lo siento, señora, tengo una cita con unas amistades.

—Le pagaré horas extraordinarias dobles.

—Aun así. Soy un hombre de palabra, señora Wallace, y no puedo faltar a mi cita.

—Lo comprendo, lo que pasa es que la visita me ha trastornado un poco.

Stephen era un hombre silencioso y su marcha de la mansión apenas se notó. Aquél era uno de los momentos más duros para la señora Agnes Wallace que, en circunstancias similares, había marchado a visitar a familiares y amistades, pero en aquella ocasión no había previsto salida alguna y, por otra parte, se sentía muy fatigada.

La aparición del fantasma siempre era esporádica e imprevista. Podía pasar una semana sin verla y luego, dos o tres noches seguidas, sufría la dolorosa pesadilla.

La instalación eléctrica de su mansión había sido transformada y ahora, por donde quiera que pasara, daba a un interruptor y se encendían luces que para la clínica más aséptica se hubieran considerado exageradas.

Avanzó por el corredor. No había un solo rincón oscuro, nada en sombras, todo era luz. No le había importado gastar mucho dinero para llenar su mansión con toda aquella luminosidad.

Se decía que Nancy había llegado en la noche a buscar la muerte frente a la mansión y después, su fantasma siempre aparecía buscando las sombras, la oscuridad.

Llegó a su alcoba que también inundó de luz, no le importaba que las demás lámparas quedaran encendidas el resto de la noche.

El dormitorio estaba tan lleno de luz blanca que causaba dolor mantener mucho rato los ojos abiertos.

Se desvistió, se puso el camisón y se acostó. Medio recostada en la cama, tomó el antifaz de algodón negro con que cubría sus ojos para dormir sin apagar las luces.

Suponía que Stephen la consideraba una histérica neurótica, tan loca como la pobre Hortensie, recluida en un manicomio.

Al principio le había resultado muy difícil dormir en aquellas condiciones, con la habitación luminosamente cegadora y con los ojos tapados, pero había acabado acostumbrándose.

Se acostó y se dispuso a dormir, protegida, según su opinión, por aquel cerco de luz.

Transcurrieron unos minutos. Esperaba conciliar el sueño cuando, de pronto, vio una nubecilla blanco lechosa que se transformaba en una figura humana hasta que rudo verla con claridad. Era Nancy, la muerta de los ojos vidriosos y la sangre goteando por su boca.

La señora Wallace comenzó a notar que le faltaba el aire en sus pulmones, que la respiración se le hacía difícil.

—No es verdad, no es verdad, es una pesadilla —se repitió mientras veía a Nancy frente a ella, ligeramente más allá de sus pies—. Tengo los ojos tapados, no te puedo ver, es mentira, mentira, y puedo acabar con la pesadilla quitándome el antifaz...

Se llevó las manos a los ojos y se lo arrancó. Entonces, vio al fantasma de la muerta frente a ella.

La habitación había perdido casi toda su luz y la figura de Nancy, pálida y cadavérica, resaltaba sobre los fondos oscuros. Detrás de ella, a un lado, la aterrada Agnes Wallace descubrió algo que aún la horripiló más, unas formas de perro grande y negro, de ojos inyectados en sangre y unas terribles mandíbulas armadas de feroces colmillos, una bestia que resultaba difícil calificarla como a un perro.

—¡No, nooo!

* * *

—Últimamente te noto muy rara, Geraldine.

—No sé, hay algo que no funciona.

—¿En la escuela?

Geraldine tardó en responder mientras paseaban por el parque solitario. Henry sostenía un paraguas grande con el que se defendían de la fina lluvia que caía, lo que no parecía importar demasiado a la pareja.

—La muerte de Norton fue una sorpresa.

—No demasiado, ya era viejo.

—Sí, pero aquel día apareció aquella imagen en la pared. Todos la vimos, era algo fantasmagórico,

—Una broma.

—¿Tú crees que fue una broma?

—Claro, no podía tratarse de otra cosa.

—¿Y quién gastó esa broma?

Henry se encogió de hombros antes de responder.

—Pudo ser el propio Norton antes de morir, una broma póstuma.

—No lo creo.

—¿Imaginas que pudo ser alguno de los compañeros y que al conocerse luego la muerte de Norton tuvo vergüenza y no quiso confesar su acción de proyectar aquella especie de monstruo o vampiro gigante contra la pared del fondo del teatro?

—Eso sí que podría ser.

—¿Lo ves? A todo se le puede encontrar una solución.

Salieron del parque. Acortaban camino para adentrarse en el peligroso barrio en que se ubicaba el teatrito de Terence.

—Verás, Henry, aquel mismo día llegó Abigail.

—Sí, lo recuerdo; pero no entró en el teatro hasta que Norton ya estaba muerto y además, el pobre anciano murió de muerte natural.

—Sí, ya lo sé; pero ¿y lo que le ocurrió a Nancy?

—Una sorpresa para todos, nadie podía suponer que fuera sonámbula.

—Nadie podía suponerlo porque nadie sabía que lo fuera.

—Lo malo es que la atropellara un automóvil que luego se dio a la fuga. No se ha sabido nada de él y con el tiempo ya transcurrido, es difícil que encuentren al automovilista culpable.

—Pero ¿no te parece raro que todo pasara el mismo día?

—Sí, un poco raro, aunque se le puede dar la explicación de que Nancy quedó muy afectada por la súbita muerte de Norton en el propio teatro y ello pudo causar su sonambulismo, aquella noche. Posiblemente no fuera sonámbula de ordinario, pero aquel día, excitada aún sin ella saberlo, pudo tener esa reacción. Y después, en la calle... Bueno, es fácil imaginar que a un sonámbulo se le pueda atropellar, puesto que no respeta semáforos ni nada que se le parezca.

—¿Y por qué fue a morir tan lejos?

—Eso ya no lo sabremos nunca. Pudo ser trasladada en un automóvil, quizá se perdió y luego despertó y anduvo desorientada, pero no hay que ver más de lo que realmente hubo y me da la impresión de que tú pretendes mezclar a Abigail en todo este asunto y eso no está bien, Geraldine. Cualquiera pensaría que le tienes celos.

—No, no son celos.

—Terence le ha dado a Abigail un papel de protagonista que tú esperabas recibir.

—Sí, pero es lógico que si hay una compañera nueva se tengan que repartir los papeles, todos hemos de aprender. Nuestras representaciones no son a lo grande, con alardes publicitarios y estrenos de gala. Ya sabes que en más de una ocasión hemos tenido la sala llena de butacas vacías.

—Son situaciones poco reconfortantes, pero hemos de admitir que no

somos conocidos, que apenas se invierte dinero en nuestras representaciones y nuestra forma de entender el arte de Talía es muy diferente a lo que espera el público, acostumbrado como está a las comedias de bulevar.

—¿Lo ves? No tengo por qué sentir celos.

—Sin embargo, no lo comentes con otros compañeros, podrían pensar lo contrario.

—Me temo que tienes razón, porque tú piensas lo mismo. Será mejor que me vaya.

—¿Irte, para qué?

—Para dejarle el camino libre a Abigail.

—No digas tonterías. Anda, entra conmigo, tengo que preparar los focos.

Henry abrió la puerta con una llave que llevaba consigo. Geraldine, con gesto ofendido, trató de marcharse, pero él la cogió de la mano y la obligó a entrar.

Cerró la puerta y casi al mismo tiempo encendió las luces piloto que iluminaban el pasillo, unos puntos del escenario y detrás de éste.

—La otra noche cenaste con Abigail.

—Ah, era eso...

—¿Cenaste o no con ella?

—Sí, cené y fuimos un rato al cine.

—¿Y dónde fuisteis después?

—La acompañé a vuestro apartamento.

—Pues llegó muy tarde —se quejó, evidentemente molesta.

—No me acuerdo de la hora exacta; pero si piensas mal, te pasas. Creo que te preocupas demasiado por Abigail, es una chica guapa.

—Y muy efusiva.

—No tanto como crees.

—Claro, como a ti te gustan las caras nuevas.

—¿Lo ves? Estás celosa.

—¡Un cuerno! Ahora mismo me voy de aquí, no sé por qué te he acompañado esta tarde.

—Porque a los dos nos gusta pasear juntos aunque haya lluvia.

Henry empujó un triclinio que en la mayoría de las representaciones era empleado de una forma u otra.

—Me voy. Quédate con Abigail si es que te gusta más.

Geraldine dio la vuelta con intención de marcharse. Anduvo hasta la escalerita que daba acceso al patio de butacas, pero Henry la cogió por la cintura con sus manos y la atrajo hacia sí.

—¡Déjame!

—No.

—¡Déjame o...!

—¿O qué?

—Gritaré.

—Grita, grita, será una representación fantástica —dijo, dando

ampulosidad a su tono.

—Eres un granuja.

La obligó a volverse y la estrechó contra sí, besándola en los labios larga, muy largamente.

Geraldine trató de rechazarle, pero terminó entregándose a la caricia.

Pasaron los minutos. La chaqueta y la falda de Geraldine se hallaban en el suelo junto al triclinio en el que se hallaba recortada mientras Henry seguía besándola, acariciándola.

—No, Henry, por favor, no sigas.

—Alguna vez tiene que ser.

—Yo todavía creo en el matrimonio.

—De acuerdo, serán relaciones prematrimoniales.

—Granuja, más que granuja, quita esas manos.

—¿De dónde? —rezongó él mientras las escondía debajo de la blusa de la joven que apenas ocultaba parte de su cuerpo.

—Me haces cosquillas.

—Es parte del juego, luego vendrá el...

—¿El qué?

—Te quiero a ti, Geraldine, a ti sola.

—No es cierto, tú juegas conmigo, pero vas detrás de la primera chica que se pone blanda a tu lado y como te crees guapo...

—Y tú estás rabiosamente celosa, pero luego se te pasará, ya lo verás.

—Antes de seguir adelante, dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Lo hiciste con ella?

—¿El qué?

—Lo que estás haciendo conmigo.

—Palabra que no. En realidad, fue Abigail la que me obligó a cenar con ella. Dijo que deseaba conocer mis opiniones sobre el teatro de vanguardia y las técnicas de los maestros actuales.

—Ya, encima me vas a decir que ella te estaba seduciendo.

—Pues no lo sé. Me miraba con unos ojos que encandilaban.

—¿Lo ves? Y tú, la acariciaste...

—Si te digo que no, creerás que soy tonto.

—¿Lo ves, lo ves? —estalló furiosa, incorporándose en el triclinio.

Pero Henry se volcó sobre ella, tendiéndola de nuevo. Geraldine trató de resistirse una vez más, pero ya su cuerpo joven estaba pletórico de deseo, un deseo sexual del que ella misma ya no era capaz de escapar.

Mas, de pronto, se escuchó una carcajada fuerte, tan fuerte que llenó todo el local. Ambos quedaron quietos cuando, inexplicablemente, los focos del escenario comenzaron a relampaguear como si fueran luces sicodélicas de una discoteca enloquecedora.

—¿Quién está ahí? —rugió Henry poniéndose en pie, cegado por las luces que les bombardeaban las retinas.

La carcajada sonó más fuerte; era una risa diabólica y era casi imposible determinar de qué garganta salía.

—¡Henry, Henry, la pared, la pared! —gritó Geraldine señalando al fondo del teatro.

Henry vio entonces lo que la joven le señalaba. Era como la silueta de un rostro infernal cuyos grandes ojos pasaban del amarillo al verde y del verde al rojo y debajo se veían unos grandes colmillos. Era una imagen ciertamente pavorosa.

—¡Por todos los demonios! ¿Quién hay ahí? —insistió Henry. Corrió hacia el control del cuadro de luces y una vez allí, las fue desconectando todas hasta que dejó de oírse la carcajada y las luces se apagaron.

Cuando regresó junto a Geraldine, ésta se hallaba encogida sobre sí misma como ocultando su casi desnudez. Henry la abrazó con fuerza, dándose cuenta de que la muchacha temblaba.

—Henry, Henry, ¿qué ha sido eso?

—No lo sé, una broma que nos han gastado.

—¿Una broma? ¿Quién, Henry, quién?

—Ya lo averiguaremos. No temas, no pasa nada.

CAPITULO VI

Cuando Abigail llamó a la puerta de la mansión Wallace, el mayordomo Stephen la recibió en seguida y nada más verla la invitó a pasar al interior de la residencia.

—La señora la espera.

Efectivamente, Agnes Wallace la estaba esperando en la salita llena de cegadora luz artificial. Unas profundas orejas rodeaban sus ojos y el maquillaje no conseguía ocultar su palidez ni podía evitar el temblor de sus dedos y sus labios.

—Buenos días, señora Wallace. Me ha llamado y he venido en seguida, sabía que me llamaría.

—Abigail, ¿por qué estás tan segura de poder conjurar esta pesadilla de la muchacha muerta?

—Porque tengo a mi favor los poderes de mi tío Jeremiah.

—¿Y quién es tu tío Jeremiah?

—Será mejor que se preocupe sólo de los resultados; todo lo demás resultaría demasiado oscuro y misterioso para usted.

—¿Eres una bruja blanca?

—Yo misma no sé qué soy; pero le pido a usted que confíe en mí. Hágalo y no se arrepentirá.

—Está bien, me someteré a los experimentos una vez más.

—Voy a cerrar la puerta para que nadie nos moleste.

—Sólo está Stephen en la casa.

—Stephen y el fantasma de Nancy. ¿No es cierto?

—Sí, ella no se separa de mí aunque no la vea —asintió la pobre mujer, torturada por las visiones.

—Y también debió de ver al perro diabólico, a «Agnan».

—Sí, le vi —musitó.

—Antes de empezar, sabe bien lo que le pido a cambio, ¿verdad?

—Sí, el Glory Theatre.

—Y una subvención de...

—Sí, sí, ya lo sé; pero antes tiene que desaparecer el fantasma de Nancy.

—Desaparecerá, pero no olvide su parte del pacto, señora Wallace; porque si faltara a su palabra, los más horribles males caerían sobre usted, puedo asegurárselo.

—Adelante, adelante. ¿Qué tienes que hacer para conjurar al fantasma?

—Simplemente llamar a mi tío Jeremiah.

—¿Vendrá aquí ese tío tuyo del que hablas?

—Sí, sí vendrá —tomó una butaca y se sentó frente a la señora Wallace—. Déme sus manos, que yo las tome entre las mías.

Las manos temblorosas de Agnes Wallace se tendieron hacia Abigail, la cual las tomó con fuerza. Luego dijo:

—No se asuste por nada de cuanto pueda ocurrir. Mientras yo la tenga cogida de las manos, estará usted protegida por mí y nada le sucederá.

—Por favor, Abigail, que no sea nada horrible. Ya no puedo más, creo volverme loca.

El rostro de Abigail semejó transformarse como el de una médium en trance. Sus facciones se acusaron y sus ojos perdieron la fijeza.

—Tío Jeremiah, tío Jeremiah, ¿me oyes? Soy Abigail... Abigail te llama, tío Jeremiah. Ayúdame, te lo suplico, ayúdame...

Repitió varias veces la llamada. La señora Wallace miraba a la muchacha y su miedo aumentó. De pronto, las luces comenzaron a apagarse sin que Agnes hubiera soltado sus manos. Tuvo más miedo aún, trató de desasirse de las manos que la oprimían pero no lo consiguió.

Sólo quedó una luz tenue en la salita que la señora

Wallace ignoraba de dónde procedía. Tampoco era la primera vez que asistía a sesiones de espiritistas más o menos convencidos, pero Abigail tenía algo distinto a todos ellos, tenía realidad.

Un hedor insoportable comenzó a penetrarle por los orificios de la nariz, un hedor que temía no poder soportar.

—Te he oído y vengo, Abigail —dijo una voz cavernosa.

La señora Wallace vio al hombre, llevaba barba blanca y gorra de marino, era un desconocido para ella.

—Gracias por venir, tío Jeremiah.

—¿Por qué me llamas, si estoy muerto?

—Para que me ayudes, tío Jeremiah.

La señora Wallace no podía decir por dónde había venido aquel desconocido que aseguraba estar muerto y que llegaba envuelto por un hedor asfixiante.

—Tío Jeremiah, haz que venga Nancy.

—¿Nancy, la muchacha endiablada?

—Sí, tío.

—Aguarda, iré a buscarla.

El viejo marino se disolvió como en una nubecilla de humo. La señora Wallace temblaba aún más. No supo si pasó mucho tiempo o poco, pero el marino reapareció y con él llegaba la muchacha atropellada por el automóvil asesino, con sus ojos vidriosos y su boca siempre sangrante, como si de dentro de ella fluyera un manantial inagotable de sangre.

—Aquí está Nancy, Abigail. ¿Qué quieres de ella?

—Que «Agnan» la devore.

—¿Sabes lo que me pides?

—Sí, tío Jeremiah —decía Abigail con una voz transformada, una voz que se hacía gutural y escapaba envuelta en una excesiva salivación que se desbordaba por su labio inferior.

—Está bien, Abigail; no puedo negarte nada, «Agnan» la devorará.

La señora Wallace era incapaz de articular palabra alguna en aquellos

momentos de horror para ella. No estaba segura de hallarse en su propia casa, no estaba segura de estar viviendo una pesadilla, no estaba segura de no haber muerto y caído en las locuras torturantes del infierno...

Apareció el dantesco perro negro con los ojos inyectados en sangre y las fauces abiertas.

—«Agnan», cumple el deseo de Abigail. Devora a Nancy y llévala en tu vientre a las profundidades del infierno —exigió el viejo marino, con una voz tan lenta y cavernosa que apenas se le entendía.

La fiera rugió de forma aterradora y se lanzó sobre la espectral Nancy que cayó al suelo cuan larga era. El perro, como si fuera un ser inteligente, juntó con sus patas las piernas de la muchacha y abriendo de nuevo sus fauces, comenzó a engullirla como si fuera una anaconda y no un perro.

Las mandíbulas de la bestia se desencajaron y el cuerpo de Nancy fue desapareciendo hacia el interior de aquella figura negra como si ésta tuviera la capacidad de engullirlo todo, fuera lo que fuese.

Cuando sólo quedaba la cabeza de Nancy fuera de las mandíbulas de aquella bestia demoníaca, la señora Wallace sintió que le faltaba aire, que era incapaz de soportar más aquel espectáculo horripilante en el que la bestia que tanto la aterraba había engullido totalmente a la muchacha porque, al fin, la cabeza de ojos vidriosos y boca sangrante desapareció entre las fauces de la bestia y no volvió a verse más.

—«Agnan», márchate a tu reino y no salgas hasta que se te llame —le exigió con su voz lenta y cavernosa el marino Jeremiah Harrow.

—Gracias por habértela llevado para siempre, tío Jeremiah.

—Me voy, Abigail. No alteres mi descanso.

—Pronto vendré a visitarte, tío Jeremiah. Me encanta estar en tu casa.

La figura del marino se disolvió y la señora Wallace no supo cómo. Poco a poco, las luces se encendieron de nuevo y todo lo que había parecido una pesadilla, se esfumó.

La señora Wallace respiraba fatigosamente como si quisiera hablar sin conseguirlo. Miró a Abigail y ésta tenía el rostro y las manos empapadas de sudor.

La vieja se soltó y retrocedió. Estaba segura de que Abigail tenía contactos diabólicos.

—Ya está usted libre de Nancy, señora Wallace.

—¿No volverá a aparecer más?

—No, mientras yo no la maldiga a usted. Ya sabe cuáles son mis poderes y «Agnan», el perro que la horroriza, podría volver. No querrá que le suceda como al fantasma de Nancy, ¿verdad?

—No, no, claro que no.

—Bien, señora Wallace, mañana tendrá usted redactado el contrato de entrega de cuanto le he pedido.

—Todo, todo estará.

Abigail abandonó la mansión de la señora Wallace y ésta se quedó



sollozando, no sabía si de terror o de alegría.

CAPITULO VII

Todos habían acudido al teatrito, enclavado en el barrio bajo, cerca de los muelles, un lugar nada agradable. Terence subió al pequeño escenario para decirles:

—Hay que hacer algo de mejor calidad para que acuda un poco de público o esto se acabó, estamos en quiebra. Cada uno de vosotros paga una cantidad simbólica por aprender. Yo nunca he sido exigente, ya lo sabéis, pero en esta maldita vida hace falta dinero y de este local debo ya varios plazos, de modo que hay que atraer a algo de público o estamos perdidos. Si por lo menos recibiéramos una subvención estatal...

Sandra preguntó:

—¿Tendremos que hacer strip-tease?

—¿Y si colgáramos en la puerta un rótulo de «teatro de desnudo integral» y unas cuantas fotografías de las chicas? —sugirió aviesamente uno de los alumnos.

—Una foto del culo de tu madre —le replicó rápida una de las chicas.

Abigail había entrado hacía poco en el patio de butacas y se quedó en las últimas filas. Se levantó y adelantándose por entre sus compañeros, llegó a la escalerilla del escenario.

—Maestro, les invito a un paseo —dijo.

—¿Un paseo, ahora? Vamos, Abigail, no estoy para bromas.

—Yo tampoco. Les llevaré a la gloria.

—¿Qué le sucede a Abigail?, ¿se ha vuelto loca? —rezongó Sandra.

Abigail puntualizó:

—Este teatrito es una auténtica basura.

—Pues a mí me gusta —objetó Sandra.

—¡Basta, basta! —pidió Terence al ver pateos y oír silbidos.

—Maestro, yo les llevaré a un lugar mejor.

—Abigail, ya sé que lamentas esta situación. Te has tomado las clases con mucho interés.

—¿Qué obra escogería para estrenar en un gran teatro, maestro?

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí, muy en serio.

—No sé, hay muchas.

—Una, por ejemplo.

—Tengo una adaptación muy libre de Orfeo y Eurídice, que me fascina.

—Si estrena esa adaptación con Henry de Orfeo y yo como Eurídice, puede contar con un gran teatro.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que cuesta contratar un teatro?

—Por favor, vengan todos conmigo. Yo tengo el local para el nuevo teatro que necesita esta escuela para que sea más atendida por los críticos.

Abigail cogió de la mano al singular y rapado Terence y lo bajó del

escenario, llevándoselo hacia la salida. Todos los alumnos y los dos profesores, les siguieron.

Salieron a la calle como un grupo de estudiantes que deciden hacer fiesta para saborear una agradable tarde invernal, una tarde que no llovía, aunque el cielo estaba grisáceo.

—Eh, ¿por qué no cogemos un bus? —propuso uno de los alumnos.

—¿Adónde vamos? —preguntó otro.

El propio Terence se mostraba desconcertado y las gentes de la calle miraban al grupo que no cesaba de hacer gestos y ademanes que podían calificarse de histriónicos, pero para el pueblo normal no eran más que payasadas.

—¡Aquél nos llevará! —exclamó Abigail, señalando un bus tras el cual corrieron todos hasta que se detuvo y subieron a él.

—¡El que tenga dinero, que pague! —gritó Henry.

Armando bulla, se dejaron llevar por el vehículo hasta que Abigail pidió:

—¡Todos abajo!

Descendieron del bus y avanzaron por la amplia acera. Al fin, Abigail se detuvo frente al, para ellos, impresionante local teatral.

—¿Qué le parece este teatro, maestro?

—¿El Glory Theatre? Es un magnífico local, con buena sonoridad.

—¡Pues adentro!

Todos la miraron como si Abigail se hubiera vuelto loca, pero la joven sacó unas llaves y franqueó las puertas. Los carteles estaban en blanco, no había ninguna programación anunciada.

—¿Alguien sabe cómo encender las luces? —preguntó Abigail en voz alta.

—¿Será posible? —cuchichearon entre sí los alumnos del Pictures Theatre School.

Entraron en el Glory Theatre y se encendieron las luces. El patio de butacas, todo tapizado en rojo, de primera calidad, impresionaba, lo mismo que ,el amplio escenario oculto y protegido por los pesados cortinajes de terciopelo dorado.

Abigail subió al escenario y anunció:

—A partir de ahora, la escuela estará aquí porque yo lo quiero.

Edward, que había actuado en aquel escenario años ha, preguntó perplejo:

—¿De veras has contratado este local?

—No lo he contratado, es mío, de mi propiedad, y también tengo dinero para mantener sus instalaciones e impuestos, pero hay que ganar dinero para que podamos comer y vivir en lujosos hoteles.

—¿Cómo lo has hecho, Abigail? —quiso saber Terence, todavía pasmado ante la inesperada situación que vivían.

—Tengo mis poderes y esto sólo es el principio. Quiero tener mucho dinero y ser famosa. Maestro, si no consigue que triunfemos en este magnífico local, saldrá por la puerta del fondo y por ella entrará otro que ocupará su lugar.

Terence, sorprendido, inquirió:

—¿Mi alumna me amenaza?

—No le amenazo, sólo le exijo que nos haga triunfar. Hemos de conseguir que este patio de butacas se llene, arrégleselas como quiera, pero se ha de llenar y para la noche de estreno quiero aquí los críticos de teatro de todas las revistas, periódicos, radio y televisión, los quiero a todos.

—Muchachos, ya tenemos empresaria y me temo que será una tirana implacable, por lo que hay que comenzar a trabajar.

—¡Henry!

—¿Qué, Abigail?

—Tú serás mi Orfeo.

Geraldine se quedó mirando a Henry significativamente. Este se dio cuenta y sonriente le susurró:

—Sólo se trata de una representación. Si voy a ser actor, tendrás que habituarte a verme en los brazos de las mujeres más hermosas del mundo.

—Sí, claro, pero Abigail —bajó la voz para añadir— es una bruja.

—Henry, sube. Vas a sentir algo que no has podido experimentar en el pequeño teatro, esto es otra cosa...

Abigail se echó a reír y su carcajada se expandió por toda la sala como si encontrara mil ecos que la amplificaran.

CAPITULO VIII

En un descanso a mitad de un ensayo, ensayo que se utilizaba al mismo tiempo para dar enseñanza, Abigail fue a sentarse cerca del maestro Terence.

—¿Qué tal funcionan los ensayos?

—Bien, me parece que bien, aunque no sé si el gran público que acude a estos teatros con todo confort y lujo sabrá comprender la obra.

—Pueden acercarse por la novedad.

—¿Y si no vuelven? —preguntó Terence. Antes de obtener una respuesta, añadió—: ¿Dedicarás el teatro a comedias de bulevar?

—Quiero triunfar a lo grande y ser famosa en todo el mundo. Sólo estoy empezando.

—Eres una chica con ambiciones, lo que no has contado es cómo has conseguido este teatro. Nadie podía suponer que fuera tuyo, los periódicos y revistas no han dicho nada.

—Ya hablarán, ya hablarán, pero antes hay que darles motivos para que lo hagan.

—En el mundo del arte, el éxito no es fácil. Se puede tener el dinero, el gran teatro y luego fracasar.

—¿Y si se tiene una excelente obra?

—Eso es muy importante. Orfeo y Eurídice es una gran obra.

—Pero, su adaptación libre resulta un poco extraña, ¿no?

—Lo es. Yo extraigo los verdaderos sentimientos de las entrañas de los personajes y los presento tal como yo los veo.

—¿Y si ofreciéramos una obra de King Slatery?

Terence silbó de admiración.

—¿King Slatery? Eso es imposible, Abigail, aun para ti que pareces tener dentro de tu mano y bien cogida a la diosa fortuna.

—¿Imposible, por qué?

—King Slatery sólo escribe una obra al año y no siempre, en ocasiones ha escrito una obra en dos años, claro que cuando estrena ya tiene el éxito asegurado, por eso lo reclaman los más famosos actores. Se pelean entre ellos para tener el honor de estrenar una obra del gran escritor y dramaturgo King Slatery y es lógico, porque saben que tienen una temporada asegurada con toda la crítica volcada hacia ellos. Con un estreno del famoso escritor King Slatery, la publicidad se hace sola, las entrevistas llueven.

—Eso es lo que nos interesa a nosotros, ¿no?

—A nosotros y a cualquiera, pero King Slatery no da uno de sus libretos a gente desconocida, tiene muchos compromisos.

—¿Lo conoce?

—Algo.

—¿Vamos a hacerle una visita?

—Abigail, estás loca; ni siquiera sé si estará en la ciudad.

—Eso se puede probar.

—Abigail, no es suficiente tener un teatro para conseguir una obra del mundialmente famoso King Slatery.

—Todavía no nos la ha negado. Si no me acompaña, iré sola.

—Está bien, te acompañare, pero solo servirá para que nos conozca y no sé si llegará a recibimos.

Terence comprobó por teléfono que el escritor se hallaba en su residencia. Luego, a bordo de su automóvil, llegó con Abigail al chalet con tejado de pizarra.

King Slatery no se negó a recibirles, fue como si les dedicara parte de su tiempo de ocio que consistía en podar los rosales de su propio jardín. Fumaba en pipa, era algo viejo y lo parecía aún más porque era alto, cargado de espaldas.

Al verle, nadie hubiera dicho que era un millonario y ciertamente, lo era. Las ganancias de sus obras, representadas en todo el mundo, le daban suculentos beneficios.

—Hola, Slatery.

—Tú eres Terence, ¿eh?

—Sí.

—Creo que desarrollas una buena labor enseñando a futuros actores.

—Trato de enseñarles. Ella es una de mis alumnas, la más aventajada.

—Gracias, maestro —dijo Abigail, sonriente.

—He oído que una chica se quedó el Glory Theatre y que tú, con tu escuela, te has instalado allá.

—Así es, y la propietaria es la señorita Abigail.

—Debe tener usted millones. Creo recordar que la dueña era la viuda Wallace.

—Sí, era —asintió Abigail—. Ahora es mío.

—El agente de la viuda Wallace era un tipo difícil de roer, así me lo contaban lloriqueando los empresarios. ¿Será usted dura con las compañías teatrales que quieran contratar ese local?

—No, no seré dura ni dejaré de serlo, porque allí voy a actuar yo y he venido a pedirle su próxima obra para nosotros.

King Slatery la observó como quien, de pronto, ve algo que le sorprende mucho. Se echó a reír, entre irónico y condescendiente.

—La chica tiene gracia.

—Sí, eso me parece a mí —dijo Terence como resignado, intuyendo claramente la negativa del escritor.

—Tengo comprometidas ya todas mis obras hasta después de mi muerte.

—De todos modos, usted ayudará a los noveles y al gran maestro que es Terence. Todos conocerán su escuela y de lo que somos capaces; el día del estreno será una noche triunfal para todos.

—Estoy acostumbrado a eso que llaman «noche triunfal» y no me quita el sueño. Antes, el boato y los aplausos no me dejaban ver lo que hay realmente

entre bastidores, ahora es distinto.

—Tía le he explicado a Abigail lo difícil que podía resultar esta petición, pero he pensado que si mis alumnos tanto insistían, estaba en la obligación de venir a verle, Slatery.

—Has estado en lo correcto y ya me gustaría que una obra mía fuese estrenada por los noveles que tú enseñas, Terence; sin embargo, me es materialmente imposible, no puedo desligarme de los compromisos que me agobian.

—¿En su próxima obra la protagonista es una mujer joven?

—Pues sí, precisamente está terminada, aunque no he hablado a los periodistas de ella. Estoy retocándola.

—¿Quién la va a estrenar? —preguntó Terence.

—No me hagas preguntas de esa clase, sólo me traen complicaciones. Tú, que de actor has pasado a la enseñanza de actores, sabes muy bien los celos profesionales que existen. Todos se dan en seguida por ofendidos, por subestimados, y para que no ocurra así, tengo que contraer nuevos compromisos que me agobian. Aunque parezca absurdo, con la entrega de mis obras a las compañías teatrales, me creo más enemigos que amigos.

—Abigail, lo hemos intentado —suspiró Terence—. Es más fácil reponer una obra clásica y darle una adaptación libre y avanzada que tratar de conseguir la obra de un escritor famoso.

—Hay noveles que escriben y también otros autores consagrados que no tienen comprometidas todas sus obras.

—Terence, ¿puede esperarme un momento en el coche?

Terence miró a Abigail; la vio tan segura de sí misma que acabó encogiéndose de hombros. King Slatery dijo entonces:

—Es usted una chica preciosa, propietaria de un teatro y hasta supongo que buena actriz, pero no podrá convencerme para que le entregue mi última obra; ya le he dicho que tengo compromisos.

—Por favor, Terence, aguárdeme en el coche.

Terence acabó alejándose. En el fondo, sentía una íntima humillación. El, como todos los artistas, había codiciado la fama, pero no la había alcanzado al nivel deseado. King Slatery se lo demostraba también al no entregarle una de sus obras para que la estrenase.

—¿Qué se propone, jovencita? No pierda su tiempo conmigo, aunque para un viejo como yo es muy agradable que una muchachita como usted trate de convencerle, no importa de qué forma.

—Quiero esa obra para mí —dijo, tajante.

—Es terca, ¿eh?

—Después de todo, será un éxito para usted y también para nosotros, para la escuela de Terence, para el Glory Theatre y para mí.

—Sobre todo para usted, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Lo siento, no sé cómo decírselo.

—Mi tío Jeremiah le convencerá a usted para que me entregue la obra.

—¿Y quién es su tío Jeremiah? Debe ser muy importante por la manera en que habla de él.

—Lo es, pero no en la forma que está usted acostumbrado.

—No insista y no es preciso que le pida a su tío que venga a verme. Por muy buena voluntad que tenga, no conseguirá nada.

—Si no me entrega la obra, si no viene a buscarme para entregármela en propia mano, tío Jeremiah le llevará a la tumba.

—La verdad es que nunca me habían amenazado de muerte por negarme a entregar una obra a una empresaria.

—El terror es muy desagradable. Puede llevarle a la locura, a una locura larga y dolorosa y de ella, a la muerte.

—Al principio, me ha simpatizado usted, pero las amenazas no me gustan.

—Cuanto antes me entregue esa obra, antes acabará la pesadilla que comenzará a sufrir, King Slatery.

Ya molesto, el escritor gruñó:

—Hablas como si fueras una bruja amenazando. —Yo no soy ninguna bruja, pero mi tío Jeremiah es un muerto. Buenas tardes, King Slatery..

Pensativo y preocupado, el escritor la vio alejarse.

—¿Estará loca o será algo peor?

CAPITULO IX

King Slatery tenía automóvil, pero rara vez lo conducía y mucho menos para circular por la gran ciudad.

Había estado cenando con unos amigos. Solía cenar fuera de su casa, pues las invitaciones que recibía eran constantes.

No había cenado en cantidad, prefería ser frugal. Rara vez cenaba en su casa. Dos mujeres le cuidaban el chalet; una de ellas le preparaba el desayuno y el almuerzo del mediodía y ya no se preocupaban de más, porque King Slatery cenaba fuera y si en alguna ocasión no tenía deseos de salir, tomaba un poco de jamón de York que encontraba en el frigorífico y un café soluble con leche y se iba a dormir.

—¡Adiós, adiós! —se despidió de los que ocupaban el coche que le había llevado hasta su residencia, circundada de un jardín que a él le parecía amplio y que otros poderosos podían considerar modesto.

Tampoco el chalet era muy grande. La sala sí era amplia, pero tenía pocas habitaciones. No deseaba tener corredores ni escaleras donde perderse y en las que su voz hallara mil ecos, deseaba vivir con absoluta comodidad. Por ello, un arquitecto amigo suyo había diseñado aquel chalet en un suburbio residencial de la ciudad. El terreno le había costado muy caro, pero no se arrepentía de haberlo comprado.

El jardín apenas estaba iluminado por una farola de la calle. King Slatery, embutido en su abrigo de fina piel que le protegía del frío, anduvo por encima de las piedras que marcaban el camino y fue hasta el zaguán de entrada.

Sacó su llave y la introdujo en la cerradura. Incomprensiblemente, ésta se resistió. Tuvo que forcejear para conseguir abrir la puerta.

—Qué raro, si iba bien.

Entró en la casa cerrando la puerta. Dio al interruptor, pero la luz no funcionó, lo que dejó más perplejo al escritor que regresaba a su casa para descansar, aunque no eran pocas las noches que al volver se encerraba en su despacho y se ponía a escribir.

—¿Qué habrá sucedido? —se preguntó.

Sacó de su bolsillo un sobre de fósforos para, a la luz de su llama, examinar el cuadro eléctrico y comprobar que no se hubiera disparado el automático de seguridad.

De pronto, tras de sí escuchó un rugido mezcla de aullido. Fue algo que llenó sus oídos, revolvió su cerebro, erizó sus cabellos y le obligó a girarse con brusquedad y rapidez.

Todavía a la luz del fósforo que sostenía encendido entre sus dedos, pudo ver la enorme silueta negra. Era una fiera de grandes ojos inyectados en sangre y las enormes fauces no parecían pertenecer a ninguna bestia conocida.

—¡Por todos los cielos! ¿Qué es esto?

Sintió la quemazón en sus dedos. Los sacudió, desprendiéndose del resto

del fósforo, y no prestó atención a la quemadura. Era mucho más terrible aquella fiera que tenía en la sala y que amenazaba con saltar sobre él.

King Slatery, con la espalda pegada a la pared, avanzó hasta situarse junto a la puerta.

Su intención era abrirla, salir afuera y cerrar, dejando a la diabólica fiera dentro del chalet. Ya se encargaría la policía de capturarla.

Su garganta se resecaba al tiempo que su frente y todo su cuerpo se perlaban de un sudor frío. Tenía unos deseos locos de gritar pidiendo auxilio, pero la fiera estaba allí, demasiado cerca de él, y antes de que nadie consiguiera ayudarle, saltaría sobre él. Si gritaba, podía provocar el ataque.

La cerradura no cedió. Era insólito, sólo tenía que bajar la manecilla, pero ésta parecía atrancada.

La fiera se le fue aproximando despacio, muy despacio. Su lentitud era exasperante.

King Slatery se ahogaba, no veía forma de escapar. El no era un hombre de violencia, no era un luchador nato, y la bestia se le acercaba más y más. Notaba ya su aliento, desagradablemente caliente.

—No, no, no... —sólo conseguía decir. Su garganta parecía incapaz de lanzar un grito.

Creía ya que no iba a escapar a aquellas fauces que brillaban en la oscuridad cuando la cerradura de la puerta cedió, lo notó entre sus dedos. Pudo abrir despacio, muy despacio, y filtrarse hacia el exterior.

Cerró la puerta y al otro lado de la madera, oyó el temible rugido de la fiera.

Aspiró el aire de la noche a bocanadas, como si se estuviera asfixiando.

—¿Qué le sucede, buen hombre? —preguntó una voz muy gutural y cavernosa, una voz que hablaba con lentitud.

—Hay... hay un perro gigante en mi casa —dijo al fin el escritor.

—¿Un perro? ¿No será suyo? —inquirió aquella voz gutural.

—No, no, es una fiera, hay que llamar a la policía.

—¿A la policía, para qué?

—¿Para qué va a ser? Para que se lo lleve —dijo, terriblemente excitado, teniendo dificultad para controlarse.

—Creo que ha sufrido usted una alucinación.

—No es ninguna alucinación —replicó King Slatery, el famoso escritor de dramas, a aquel desconocido que había entrado en su jardín, hasta el propio zaguán.

—Veamos pues —le respondió el desconocido con su voz gutural y cavernosa, excesivamente lenta al hablar.

—¡No, no entre! —le pidió, temeroso de que ocurriera la tragedia.

El desconocido, cuyas facciones apenas podía ver debido a que allí sólo se iluminaban gracias a la farola de la calle, abrió la puerta y nada más entrar, se encendieron las luces, lo que dejó perplejo a King Slatery.

—No veo a ningún perro gigante.

—Tenga cuidado, puede estar agazapado tras cualquier butaca.

—Yo no veo nada anormal.

Tras decir aquello, se sentó en una de las butacas que quedaban junto a una rinconera.

King Slatery, notando todavía el sudor del miedo en su cuerpo, avanzó con temor, mirando en todas direcciones. Se adentró por las habitaciones de la casa, envalentonado porque ya no estaba solo. Al fin, perplejo, tuvo que admitir:

—Es cierto, no está. ¿Será posible que haya sufrido una alucinación? Tengo ya muchos años.

—Todavía puede vivir muchos más si lo hace con sensatez y tranquilidad.

—Es lo que intento hacer.

De repente, se fijó en el hombre que hablaba con voz cavernosa y muy despacio, como si le costara gran esfuerzo articular las palabras. Iba vestido como un marino y su cabello, barba y bigote eran blancos, un blanco que recordaba el color de la paja. Tenía los ojos muy hundidos.

—Y usted, usted, ¿quién es?

—¿Yo?

—Sí, usted, estaba en mi jardín.

—Le he visto en apuros y he tratado de ayudarle.

—Pero ¿quién es? —insistió, nervioso.

—Jeremiah Harrow, aunque todos me conocen simplemente por Jeremiah.

—¿Jeremiah, Jeremiah? —repitió King Slatery como recordando algo—. Oiga, ¿usted no tiene una sobrina propietaria de un teatro?

—Sí, Abigail tiene un teatro. Será grande, será famosa.

—¿Qué farsa es ésta?

—¿Farsa?

—Sí, esa condenada chica ha dicho que usted estaba muerto, ahora lo comprendo todo. Ha sido un truco, sí, un truco de circo para asustarme. Me han hecho creer que aquí había una fiera y luego ha entrado usted para demostrarme que no. ¿Quién más le ayuda?

—Abigail le ha dicho la verdad. Pocos, muy pocos, pueden verme. Abigail me ha pedido ayuda y yo nunca le he negado nada. Ella lo ignora, pero es el fruto de los amores que tuve con su madre.

—¡No, no me asustarán, no!

Jeremiah Harrow, sentado en la butaca, poco a poco se transfiguró horriblemente.

Sus carnes fueron desapareciendo, su piel quedó reducida a siniestros colgajos y sus huesos surgieron a la luz.

—Así estoy ahora.

—¡Noooo! —gritó King Slatery.

Avanzó hacía él a trompicones, le puso las manos en el rostro y restos de pellejo quedaron pegados entre sus dedos. Aquello le horrorizó aún más y comenzó a retroceder sacudiendo las manos.

—¡No, no, nooo!

Salió corriendo de la casa, gritando, pidiendo auxilio, mientras un brillo de locura danzaba patético en sus ojos.

CAPITULO X

Geraldine y Henry se hallaban en la cafetería que había frente al Glory Theatre, tomando unos cafés. Los cristales que daban a la calle estaban empañados por el vaho que se producía dentro del local y que se licuaba al contacto con la frialdad del vidrio.

—Terence es un gran maestro, pero creo que la adaptación de Orfeo y Eurídice no funcionará —comentó la rubia y atractiva Geraldine.

—¿Por qué?

—A mí ya me parece muy extraña. Pienso que Terence es un magnífico mimo, pero no llegó a triunfar plenamente cuando salía al escenario como actor.

—¿Lo criticas a estas alturas?

—No, no es mi intención criticarlo. Pienso que sus adaptaciones no son todo lo buenas que él merece. Es un excelente maestro y también un buen director, pero no un adaptador ni un creador.

—¿Lo dices por que será Abigail quien interprete el papel de Eurídice?

—No me importa ya.

—Eso no es cierto, Geraldine —la reconvino con cariño.

—No voy a negarte que desearía ser la primera actriz en un drama, una comedia o una tragedia y más en un teatro grande como el Glory, pero ya me hice a la idea de que Abigail es la dueña, que aquí manda ella y a lo máximo que puedo aspirar es a un segundo papel y a esperar que un día enferme.

—Si te oye, pensará que estás deseando que enferme.

—La historia de las grandes actrices está llena de ausencias por enfermedad y es la ocasión de saltar ante el público muy seguro de sí; ahora, se ha dejado cegar por el sol de la gloria, cree que aún puede alcanzar la fama.

—Todavía es joven.

—Quizá menos de lo que suponemos. Se rasura todos los cabellos, lo que impide ver las canas que tendrá y posiblemente su calva natural. Unos ojos exageradamente maquillados ocultan arrugas.

—Como te sientes en segundo plano, puedes adoptar esa actitud crítica y fría, incluso diría que despiadada.

—Si crees que hablo porque estoy resentida, te equivocas, Henry. Creo que Abigail galopa hacia la gloria pero no llegará a ella. Terence se ha dejado embaucar y no desea perder esta oportunidad que se presenta en su vida de triunfar, pero en todo esto hay algo que no funciona.

—Sí, resulta difícil de creer que Abigail pueda ser la propietaria del teatro, la empresaria de la compañía y la primera actriz.

—Un poco más y ya sería público también. ¿Has encontrado alguna explicación a cómo ha podido quedarse con ese teatro?

—No, pero la vida tiene cosas raras. Hay tipos como yo que siempre tenemos dificultades para llevar unos billetes en los bolsillos y otros, todo lo

que tocan se transforma en oro. ¿No será Abigail un caso de ésos?

—No lo sé, todo es tan raro... ¿Y la proyección terrorífica que vimos con los focos funcionando intermitentemente?

—No pretenderás cargarle a Abigail aquel suceso.

—No lo sé, es como si intuyera que ella puede mover cosas sin estar presente.

—Lo que dices es absurdo.

—Nancy no era sonámbula. ¿Por qué salió aquella noche a la calle? Era la primera vez que Abigail dormía en el apartamento.

—¿A las demás no os sucedió nada?

—Nada, pero dormíamos tan profundamente que no oímos su marcha.

—¿Insinúas que os narcotizó?

—¿Y si lo hubiera hecho?

—¿Cómo?

—Lo ignoro.

—¿Os dio a beber algo?

—No, tomamos sándwiches y ella no pudo damos nada.

—¿Entonces...?

Geraldine suspiró profundamente.

—Creo que piensas que estoy un poco loca.

—Estás un poco celosilla y eso no es malo del todo. —Le dio un beso suave en los labios, antes de que ella pudiera evitarlo—. Ahora, tengo que ir a ver si ya me han terminado el collar que debe llevar Orfeo según la versión de Terence.

—El collar o mejor, la argolla de la esclavitud por el amor.

—Muy romántico, ¿verdad?

—Sí, muy romántico. Estaré aquí hasta que lleguen todos, es muy temprano aún.

—Yo no tardaré en regresar.

Henry abandonó la cafetería y Geraldine se quedó repasando su papel en la obra para que su memoria no fallase en el momento oportuno. Asimismo, se aprendía el papel de la protagonista, palabra por palabra. Era una norma que les había dado Terence; de esta forma, se evitaban problemas si alguien fallaba por cualquier causa.

Abigail y Sandra llegaron minutos más tarde, hablando animadamente entre ellas. Abigail tenía las llaves y entraron en el teatro.

Geraldine las vio a distancia, pero no abandonó la cafetería, prefirió que llegasen más compañeros. Aún era temprano y estar más o menos a solas con Abigail, la molestaba. Sentía un rechazo hacia ella que no podía explicar, era algo instintivo.

Abigail encendió las luces piloto y ambas jóvenes anduvieron hacia los camerinos. El silencio del teatro impresionaba, sólo se oían sus voces mientras sus pisadas quedaban amortiguadas por las espesas alfombras que cubrían los pasillos.

—Verás como será un triunfo —le dijo Abigail.

—Es lo que esperamos todos.

—Luego, King Slatery, el famoso escritor, nos dará su última obra.

—¿Tú crees que eso será posible?

—Seguro. Cuando yo me propongo algo, lo consigo. ¿Habías visto qué polvera más bonita tengo?

Sandra se fijó en aquella cajita ovalada que, en sí misma, era una joya, una obra de arte. Contenía unos polvos aromáticos que Sandra no podía identificar por el olor, pero se fijó más en la tapa, trabajada con esmaltes y pequeñas gemas que podían ser falsas.

—Es un ojo.

Abigail se rió.

—Eso se ve con mucha claridad.

—Sí, parezco tonta, ¿verdad?

—No, no. Míralo, fíjate qué bonito es —le pidió Abigail moviendo la tapa que reflejaba la luz de una bombilla.

El ojo comenzó a moverse y las pupilas de Sandra quedaron como esclavizadas en él.

—Fíjate, fíjate bien... Te cuesta porque tienes sueño, mucho sueño. Te pesa la cabeza, Sandra, te pesa mucho, mucho... —le dijo, haciendo su voz muy sugestiva.

Sandra no se percató de que estaba siendo hipnotizada.

—Te duele la cabeza, te duele mucho, mucho, es un dolor horrible y tienes que tomar unos polvos analgésicos que te quiten el dolor de cabeza...

—Sí, sí, cuánto me duele la cabeza —repitió Sandra con expresión ausente. Semejaba vacilar sobre sus piernas.

Nadie era testigo de lo que estaba sucediendo en el interior del teatro.

Transcurrieron unos pocos minutos y Sandra abandonó el local. Su rostro no era el mismo de siempre; estaba contraído, expresaba dolor y su mirada carecía de fijeza.

Desde el otro lado de los cristales sucios de vaho, Geraldine la vio tomar un taxi y alejarse. Aquello la extrañó.

—¿Adónde irá Sandra?

Geraldine no intuía la tragedia que era ya inminente, sin que nadie pudiera evitarla.

CAPITULO XI

El escritor King Slatery pasó cuarenta y ocho horas durmiendo en la clínica de su médico personal, a base de sedantes. Luego, tras escuchar con atención su confusa e increíble historia, el médico dictaminó:

—Exceso de trabajo, Slatery.

—¿Exceso? Si todos dicen que escribo poco.

—Pero tu cerebro no cesa de imaginar, de crear situaciones. La mayoría son desechadas, pero el trabajo es continuo.

—Ya no sé si he vivido una alucinación o una realidad increíble. Estoy confundido.

—Lo que te sucede —le dijo el doctor que gozaba de su entera confianza, no en vano eran amigos desde la infancia— es que trabajas mucho. Tu caso es frecuente entre los escritores; no cesáis de crear fantasías y en algún momento de vuestras vidas, llegáis a confundir la ficción con la realidad.

—¿No hay ninguna posibilidad de que sea cierto lo que viví?

El médico negó con la cabeza, categórico.

—Todo fantasía. He estado en tu chalet con tus llaves y allí no había nada anormal, todo estaba en perfecto orden.

—¿Y esa chica, Abigail?

—¿Crees que es bueno hacerle preguntas al respecto? No conviene que se sepa tu confusión mental pasajera. Sería un buen bocado para los periódicos sensacionalistas. Opino que debes descansar y olvidar lo sucedido.

—¿Descansar y olvidar, cómo?

—Un viaje.

—¿Adónde?

—Tienes dinero. ¿Por qué no te trasladas a Vilcabamba y hablas con aquellas gentes que viven más de cien años? Eso te relajará y a la vuelta puedes escribir tus impresiones sobre los centenarios de aquel valle, te irá bien.

—No es mala idea, creo que te haré caso.

—Y nada de leer obras pesadas o violentas antes de dormir. Lee algo ligero, con humor.

—Cuando uno se vuelve loco, es el último en enterarse, ¿verdad?

—Como los maridos cornudos —se rió el médico.

King Slatery salió de la clínica. Tras tantas horas de sueño, se sentía mejor.

En un taxi, regresó al chalet que tenía en las afueras de la ciudad, decidido a hacer el viaje terapéutico que le recomendara su amigo el doctor. Por el momento, no tenía ningún deseo de ponerse en manos de un psiquiatra.

Llegó a su residencia, pagó y se adentró en el jardín. ¿Le estarían esperando las dos empleadas de hogar? No lo sabía, pero al llegar al zaguán, se encontró con la sorpresa de que una mujer joven y morena le aguardaba sentada en la poltrona que él solía utilizar las noches de verano, prefiriendo el

fresco natural al aire acondicionado.

—¿Quién es usted?, ¿qué hace aquí? —preguntó King Slatery ante la inesperada visita.

—Todo es culpa suya, no puedo resistir más —dijo la joven que ocultaba sus ojos tras una gafas oscuras.

—¿Qué es lo que no puede resistir más?

—Entréguele a Abigail lo que le ha pedido.

—Ah, con que se trata de eso...

King Slatery no obtuvo respuesta. De un bolsillo de su gabán impermeable, la joven sacó una cajita cilíndrica de plástico. Hizo saltar la tapa y se introdujo todo el contenido en la boca antes de que King Slatery pudiera evitarlo. Después, volvió a sentarse en la poltrona.

—¿Qué ha hecho usted? ¿Qué se ha tragado?

La hermosa joven empezó a respirar más profundamente. Se llevó las manos al estómago y comenzó a manifestar un terrible dolor.

—Dios mío, ¿qué ha hecho, qué ha hecho? —gritó King Slatery al comprender que la muchacha no fingía.

Entró en la casa y corrió al teléfono, llamando a su médico personal cuya clínica acababa de abandonar.

—¡Que lo busquen! —gritó cuando le comunicaron que no estaba disponible—. ¡Que venga en seguida una ambulancia! —pidió cuando el médico se puso al aparato.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Una joven desconocida, en mi casa, se ha tomado un veneno, no sé cuál, parece que le duele mucho, rápido, rápido!

—¡Dale agua caliente con sal, nada más, ahora venimos!

King Slatery regresó junto a la muchacha que se había caído de la poltrona y se retorcía violentamente en el suelo. Babeaba y su agonía parecía terriblemente dolorosa. Gritaba, casi aullaba y King Slatery, con sus escasas fuerzas de anciano, no podía sujetarla y menos introducirla en la casa.

La angustia se apoderó del escritor que no podía evitar la violentó agonía de aquella muchacha. Era horrible verla retorcerse, ver su rostro desencajado, su boca babeante, sus ojos desorbitándose mientras aullaba de dolor.

—Desgraciada, desgraciada, ¿qué has hecho? —gimió.

Cuando oyó la ululante sirena de la ambulancia, sintió un alivio que no le liberó totalmente de su angustia. El vehículo se detuvo frente al chalet y de él saltaron de inmediato dos enfermeros y el propio médico.

—¿Qué ha sido? —inquirió el galeno.

—No lo sé.

—Anda, tómate un sedante y quédate en tu casa —exigió el médico.

—¿Otro sedante?

Los camilleros introdujeron a Sandra en la ambulancia y el vehículo se alejó rápido, siempre ululante.

King Slatery entró pesadamente en su casa. Cerró de un portazo y fue en

busca de su butacón con orejeras, cerca de la chimenea hogar. Buscó su botella de whisky y se sirvió medio vaso, una cantidad desproporcionada para lo que él solía tomar.

Con el vaso en la mano, sin quitarse el abrigo, se dejó caer en el butacón, encajándose en él.

Bebió muy despacio, meditando sobre lo ocurrido.

—Es alucinante pero tiene una coherencia. En medio siempre está esa maldita joven llamada Abigail...

Siguió bebiendo. Pasaron los minutos con una lentitud angustiosa. Un reloj de carillón dio las horas v su agudo tintineo se esparció por toda la casa como si ésta se hallara vacía. No había animales, no había ruidos Como ser humano, sólo estaba King Slatery, encajado en su butacón.

—¿Será una bruja? No, no es posible, siempre he creído que todo eso de la magia son patrañas.

El timbrazo largo y estridente del teléfono le sobresaltó. Se quedó mirando unos instantes el aparato como si fuera algo desconocido, algo caído de no sabía dónde y que no le pertenecía.

Tras el segundo timbrazo, reaccionó. Dejó el vaso y abandonó su butaca, yendo en busca del teléfono, que descolgó.

—¿Sí?

—¿Slatery?

—Sí, soy yo.

—La muchacha ha muerto.

Al oír las palabras de su amigo, fue como si le dieran un mazazo. Casi de inmediato, sus sienes palpitaron dolorosamente.

—¿Muerto, dices?

—Envenenada.

—¿Seguro?

—Estricnina.

—Dios, qué horrible, un veneno para perros.

—No se le ha hecho todavía la autopsia, pero no me extrañaría que se hubiera tomado cantidad suficiente para matar a diez caballos. De lo contrario, habríamos podido hacer algo.

—Qué horrible.

—¿Tienes estricnina en tu casa?

—No, no, ¿para qué iba a tenerla?

—Mejor, he de dar parte a la policía de lo sucedido e irán a tu residencia, será bueno que no te muevas de ahí.

—¿La policía?

—Sí. —El médico suspiró—. Desgraciadamente, tendrás que informarles de que has estado ingresado dos días en mi clínica o mejor, no lo digas salvo que te culpen de algo. Entonces, consulta con un abogado.

—¿Culpar?

—No hagas mucho caso de mis palabras, Slatery, sé que estás confundido.

Te he estado tratando y ahora lo único que intento es aconsejarte. La chica ha muerto en tu residencia, bueno, en la clínica, pero nosotros la hemos recogido en tu casa.

—Sí, sí, pero yo no la conocía de nada. Estaba esperándome en el zaguán, sentada en la poltrona, y de pronto se ha tragado el veneno.

—Está claro que es un suicidio, pero la policía tiene la obligación de asegurarse. ¿De veras no la conocías de nada?

—En absoluto, en mi vida la había visto.

—En fin, deja que vaya a visitarte la policía y si se complican las cosas, llama a tu abogado y dile que yo te he tratado, pero a la policía no le cuentes tus alucinaciones, podrías complicarte la vida.

—Espera, espera... Hablas como si yo supiera algo de lo ocurrido.

—Tranquilízate, pero insisto en que es mejor que no cuentes a la policía nada acerca de tus alucinaciones, salvo que quieras verte recluido en un psiquiátrico judicial.

—¿En un manicomio de la justicia, quieres decir?

—Sí, podría ocurrir. Todo lo que explicas es muy extraño, Slatery, muy extraño, pero saldrás bien de ésta. Deja que sea la policía quien averigüe la identidad de esa pobre muchacha y los motivos que pudo tener para suicidarse y precisamente en tu casa.

King Slatery, hundido, aplastado, desconcertado, colgó el teléfono. Un tanto encorvado, como si de pronto le pesaran los años, vaciló, como no sabiendo adónde dirigirse, al sofá, al butacón, a la cama... ¿Cuál sería el mejor lugar para instalarse?

La policía no tardaría en llegar y le harían preguntas, muchas preguntas. ¿Por qué aquella muchacha se había suicidado prácticamente en sus brazos, tomándose una cantidad bestial de estricnina?

De pronto, tan sorpresivamente para él, que se quedó con la boca entreabierta, vio a la joven morena dentro de su casa pese a que la puerta continuaba cerrada.

Ella se hallaba junto a la chimenea que se veía encendida cuando antes había permanecido apagada. Le miraba con unos ojos desorbitados, con un rostro que transpiraba dolor.

—No, no es posible, es una alucinación.

Despacio, con voz cavernosa, ella habló:

—Soy Sandra y estoy muerta. Tú eres el culpable.

—¡No, no puede ser, no es posible! —se repetía el escritor frotándose los ojos como si algo turbio le impidiera ver bien.

—Sólo podré descansar cuando complazcas a Abigail.

—Tú no eres real, no lo eres, sólo eres fruto de mi imaginación.

—Entrégale el libreto a Abigail. Mientras no lo hagas, yo te acompañaré siempre, siempre, siempre...

—¡Nooo!

Abrió la puerta de la casa, atravesó el pequeño jardín y se precipitó hacia

la calle. Al abrir la verja, frente a él, se encontró de nuevo con Sandra.

—Tú me has matado y sólo tú podrás liberarme.

King Slatery se llevó la mano al corazón notando que le dolía muy fuerte, que unos garfios candentes se clavaban en él para destruirlo.

Cayó poco a poco hasta quedar tendido en el suelo; la policía aún tardaría en llegar.

CAPITULO XII

El ensayo en el Glory Theatre se había prolongado a lo largo de varias horas. Todos estaban fatigados,

Abigail también se mostraba incansable, pero Henry, sobre el que recaía una gran responsabilidad, se sentía exhausto.

Entraron dos hombres de paisano que avanzaron por el patio de butacas mientras Terence gritaba,

—Cinco minutos de descanso.

Todos suspiraron.

Terence bajó al patio y se enfrentó a los dos hombres.

—Nos conoce, ¿verdad?

—Sí, usted es el inspector Sanders.

—Exactamente. Me acompaña el inspector Lewis.

—Bien. ¿Ocurre algo?

El inspector Sanders alzó la voz.

—Por favor, escúchenme, tengo algo que decirles. —Se hizo el silencio y todos se encararon con los policías—. Una compañera de ustedes, llamada Sandra O'Connor, ha muerto.

Se produjo una conmoción general que a los policías les pareció sincera. Dos de las muchachas se echaron a llorar. Geraldine, con gesto de dolor y mucha preocupación, inquirió:

—¿Atropellada por un coche desconocido que se ha dado a la fuga?

—No, no, eso ocurrió con su otra compañera. Al parecer, el grupo de ustedes está acosado por la tragedia.

—¿Cómo ha muerto? —exigió saber Geraldine, sombría.

—Envenenada.

—¿Está seguro de lo que dice? Sandra tenía que venir esta noche.

—Pero no ha venido —dijo Abigail—. Todos hemos notado su ausencia.

—Se ha tomado tal cantidad de estricnina que no había escapatoria.

—Pero ¿dónde la han encontrado? —insistió Geraldine.

—Ha muerto en un hospital, pero el envenenamiento ha tenido lugar en la casa del conocido escritor King Slatery y, al parecer, en su presencia.

—¿Suicidio? —interrogó Abigail.

—Es lo que dijo el escritor King Slatery; pero va a ser difícil comprobarlo.

—¿Por qué? —quiso saber Henry.

—Porque el famoso escritor también ha muerto.

Abigail fue espontánea al exclamar;

—¡No es posible!

—¿Por qué no? —preguntó el policía, volviendo sus ojos hacia ella.

—Pues no lo sé —respondió pálida—. Si ha muerto Sandra, ya es demasiado que muriera también el escritor King Slatery.

—¿Relaciona de alguna forma la muerte de su compañera con la del

escritor?

—Y el escritor, ¿cómo ha muerto, también con estricnina? —preguntó Geraldine, visiblemente nerviosa.

—No. El avisó a un médico para que se llevaran a la joven, ya en agonía irreversible. Después, por lo visto, no ha podido soportar la tensión. Parece ser que últimamente había tenido ciertos desequilibrios psíquicos. Según su médico, ha sufrido un infarto, no ha podido aguantar la muerte de Sandra que se ha envenenado delante de él. Por lo menos, es lo que ha explicado el médico que ha hablado con King Slatery antes de que éste sufriera el infarto.

—King Slatery tenía que entregarle a Sandra una obra para nuestra compañía —dijo Abigail—. Aún debe estar en su despacho, creo que sólo le faltaban algunas correcciones.

—¿De modo que tenía que entregarle una obra teatral? —dijo el inspector Sanders.

—Sí, sí —se apresuró a asentir Abigail—. La última obra es para nosotros. Cuando la pongamos en escena, será un auténtico homenaje póstumo al gran autor fallecido. ¿No crees, Terence, que puede ser el mejor homenaje que se le rinda?

—Sí, su última obra llevada a escena por noveles... Puede ser algo grande que la crítica de todo el mundo se encargará de realzar.

—Bueno, ese asunto deberán tratarlo con los herederos de King Slatery. Ahora, cuanto le pertenecía queda sujeto a la ley de herencia; no obstante, si era la última voluntad del escritor, no creo que sus herederos se opongan.

—No se pueden oponer. La obra era para nosotros, ésa fue la voluntad de King Slatery.

Terence vaciló. Aquélla podía ser la gran oportunidad de su vida cuando ya caminaba a grandes zancadas hacia su ocaso sin haber conseguido lucir con todo el esplendor que creía poseer. Había pasado por la vida como un sol por detrás de un cielo nublado; por ello, asintió:

—Sí, era su deseo que nosotros lleváramos a la escena su última obra. Estaba cansado de divos y deseaba ayudar a la juventud, al teatro de vanguardia.

—Bien, ese asunto no me incumbe a mí, sino a los herederos. Sabemos que el corazón de King Slatery no ha podido resistir, pero todavía ignoramos por qué se ha suicidado esa pobre muchacha en la residencia del escritor. ¿Alguien tiene una explicación para ello?

Henry dijo tajante:

—Sandra no tenía ningún motivo para suicidarse.

—Cuando la vi por última vez esta mañana —manifestó Abigail— tenía un fuerte dolor de cabeza y estaba muy depresiva.

—¿Y qué le dijo usted?

—No sé, nada. Creí que podía tratarse de su ciclo mensual.

—Comprendo. Si alguien tiene algo más que añadir, puede preguntar por mí en el comisariado central. Buenas noches.

Todos quedaron en silencio, muy preocupados. Fue Terence quien rompió aquel silencio.

—Se ha terminado por hoy.

—Demasiados muertos —opinó Henry.

—Sí, demasiados —aceptó Terence—. Parece como si la desgracia nos persiguiera. Sandra era una buena chica y King Slatery, un genio de las letras. Todo el mundo llorara su inesperada muerte, todos los teletipos del mundo estarán ya transmitiendo la triste noticia.

Abigail propuso:

—Podríamos convocar una especie de rueda de prensa.

—¿Para qué? —le preguntó Terence.

—Así escribirían sobre King Slatery y sobre su postrera intención de volcarse sobre la juventud, sobre los nuevos actores que salen de la escuela que tú diriges, Terence.

—Me parece sucio aprovecharme de su muerte para hacerme publicidad —masculló Terence.

—Será mejor que nos vayamos —propuso Henry, añadiendo—: Hay que recoger algo de plata para comprar dos coronas, una para nuestra compañera Sandra y otra para King Slatery.

—Compraremos la mejor corona de toda la ciudad para el maestro de las letras teatrales —exclamó Abigail, añadiendo—: Yo me encargo de ello.

—La corona más grande que podamos pagar entre todos ha de ser para Sandra —objetó Geraldine—. Y también, si no acude su familia, nos ocuparemos del funeral. Por lo menos, yo venderé lo que tenga para que su entierro sea digno.

—No tendrás que vender nada, Geraldine, todos colaboraremos en tu propuesta —manifestó Henry, y todos asintieron con la cabeza.

Abigail se calló. Ya su mente trazaba nuevos planes que tenían que ser distintos de los elaborados con anterioridad. La muerte de King Slatery lo había cambiado todo, pero aún podía aprovecharse de la situación.

CAPITULO XIII

Habían acordado dirigirse al hospital para ver el cadáver de Sandra y darle el último adiós. Abigail había dicho:

—Yo iré mañana.

Ya en la puerta de salida, Henry dijo a Geraldine:

—Vamos, hay que arreglar el funeral de Sandra. Ella no lo tenía todo previsto como el gran escritor King Slatery, al que no faltaban millones ni la amistad de las más altas jerarquías del mundo de las letras.

—Márchate, Henry, ya me reuniré con vosotros.

—¿Qué te sucede?

Geraldine se despidió de su compañero sin desear darle más explicaciones y se adentró de nuevo en el teatro, procurando no ser vista. El fiel Edward, tras dar un último vistazo general, preguntó en voz alta:

—¿Queda alguien?

—¡Puedes cerrar, Edward!—le gritó Terence desde el escenario.

Geraldine se ocultó tras un grueso cortinaje. Vio pasar a Edward y aguardó un tiempo que estimó prudencial. Después, salió de su escondite y, sigilosa, se dirigió al escenario con riesgo de ser descubierta pese a la escasa luz. Subió a las tablas y después se filtró por detrás de las bambalinas.

Anduvo furtivamente hasta que en el mejor camerino del teatro, el camerino de Abigail, escuchó voces.

—No podemos mantenerlo —decía Terence.

—¿Por qué no? —le replicaba Abigail, decidida.

—No podemos demostrar que nos dejara su obra, no hay ningún documento escrito.

—¿Crees que alguien tendrá ese documento que tú dices?

—No, no lo creo. Los autores de teatro no suelen hacer esta clase de contratos con anticipación; el cine es otra cosa, pero ya habría hablado con algún empresario, seguro.

—Pues, si surge un competidor, que demuestre que la obra era para él y no para nosotros.

—Si surge un empresario diciendo que la obra era para él, puede tener testigos.

—Si él los tiene, nosotros también los tendremos.

—¿Cómo?

—No lo sé, Terence, no lo sé, pero los conseguiremos. Hay que centrar la atención sobre nosotros.

—King Slatery nos negó su obra.

—Cuando tú estabas delante; luego yo le convencí.

—A mí no me lo pareció.

—Volví a llamarlo por teléfono. ¿Por qué crees, si no, que Sandra fue a casa de Slatery?

—¿De verdad tenía que recoger la obra?

—Se lo dije esta mañana. No sabía cuándo la tendría lista King Slatery; deseaba darte una sorpresa.

—Entonces, ¿por qué se suicidó Sandra?

—No lo sé, Terence, no lo sé; sufriría un rapto de locura.

—Un rapto de locura es arrojarse al metro o delante de un coche, pero con estricnina... Tenía que comprarla antes y eso no es fácil.

—Hablas como si fueras un policía, Terence. Este asunto se ha de llevar de otra manera, déjame a mí y verás cómo nos llevaremos el éxito. ¿Sabes lo que significa estrenar su obra póstuma? Todo el mundo estará aquí, se leerán discursos. Hasta podemos pasar alguna cinta con su voz.

—¿Acaso tú la tienes?

—Yo no, pero seguro que las habrá en su casa. —Bufó, impacientándose—. Tienes poca imaginación, Terence. Hay que ser buen actor, buen director, buen escritor —le dijo, elevando la voz—; pero también hay que ser agresivo y saber aprovechar todas las ocasiones, porque aunque seas bueno, si no sabes moverte, no triunfas.

—Está bien, está bien, creo que me hace falta descansar un poco. Tengo los nervios rotos y sólo faltaba lo de esta noche... Anda, vamos, te llevaré a tu casa.

—No, no es necesario, iré sola.

Terence aceptó la negativa de Abigail, que, después de todo, era la propietaria del teatro y se había dado cuenta de que le gustaba quedarse en él cuando todos se habían ido.

—Está bien. Procura no faltar al hospital, todos están afectados por las muertes de hoy.

Abigail iba a replicarle, pero se contuvo; Terence se alejó. Pasó muy cerca de Geraldine, casi rozándola; si se hubiera detenido, habría podido oír la respiración de la muchacha.

—Esta vez has fallado, Abigail.

—¡Eh!

Cuando se volvió, se encontró frente a frente con su compañera.

—¿Crees que soy mi fantasma o soy yo misma?

—Tú, tú eres Geraldine...

—Claro que soy Geraldine, pero tú ya no sabes si estoy muerta o viva.

—¿Qué broma es ésta, Geraldine?

—La misma que le gastaste a la señora Wallace y, posiblemente, a King Slatery.

—¿Qué sabes tú de todo eso?

—Soy tu testigo en contra.

—¿Testigo de qué?

—De que has mentido.

—¿Cuándo?

—Yo te he visto entrar en el teatro con Sandra y luego ella ha salido,

¿cómo diría? Hipnotizada, ¿es ésa la palabra?

—Hipnotizada..., ¿crees que yo tengo esos poderes?

—Sí, lo creo. De lo contrario, Nancy no hubiera salido por la noche ni Sandra se hubiera suicidado.

—¿Suicidado? Nadie se suicida porque se lo pidan hallándose bajo hipnosis. Nadie puede actuar en contra de su voluntad en ese estado.

—Pero si no sabe qué polvos se traga, puede aparecer como un suicidio. Abigail, le diré a la policía que has mentido. La señora Wallace también puede hablar mucho sobre ti.

—¿Qué sabes tú de la señora Wallace?

—Fui a visitarla y me contó cosas muy interesantes.

—De modo que lo sabes todo...

—Todo, no, me falta saber cómo creas los espectros.

—Ah, de eso se encarga mi tío Jeremiah. ¿Tú crees en los muertos que regresan?

—No.

—Pues haces mal; tío Jeremiah está muerto y me ayuda.

—¿Es él quien asesina?

—Oh, no. Los muertos como tío Jeremiah no pueden hacer ningún daño físico; él crea alucinaciones, fantasmas que pueden verse pero no existen. Se murió Nancy y como te habrá contado la señora Wallace, Nancy reaparecía muerta, pero no era así, sólo era una alucinación, lo mismo que el perro devorador, todo alucinaciones, como proyecciones. El único muerto que regresa es mi tío Jeremiah; lo demás, sólo existe en la mente del que lo ve.

—Entonces, tú eres la asesina del coche.

Abigail soltó una carcajada.

—Eso no podrá demostrarse jamás, jamás.

—Y le diste a Sandra unos polvos haciéndola creer que eran otra cosa para que se los tomara.

—Exacto, ella creyó que eran analgésicos cuando en realidad era estricnina. Con la ayuda de tío Jeremiah, conseguiré lo que quiera. Al más incrédulo, le haré ver ballenas volando, hormigas gigantes, muertos que regresan. El miedo esclaviza, somete, y me dan todo cuanto pida.

—King Slatery no te lo dio.

—Viejo idiota, no ha resistido el terror... Tío Jeremiah le hizo ver a Sandra muerta y no aguantó.

—¿Y dónde está tu tío Jeremiah?

—¿Quieres saberlo? —Volvió a reír—. Mira, aquí tengo una cosa que él me regaló. Fíjate qué bonita es... —Le mostró la polvera que tenía un ojo extraño y enigmático que refulgía.

—Sí, es hermoso; pero no me interesa.

—A la policía, sí —dijo tras ellas la voz del inspector Sanders.

—¿La policía? —repitió Abigail, sorprendida, cuando ya Geraldine comenzaba a vacilar, fascinada ante aquel ojo misterioso traído de Oriente.

—Sí, sospechaba de usted, Abigail. Comprobamos que pese a que no utilizaba coche, tenía permiso de conducir. Hemos buscado y buscado hasta encontrar en un parking metropolitano un automóvil que tiene sus huellas dactilares; es el coche que atropelló a Nancy.

—¡No podrán demostrarlo en la corte!

—Sí, mi acompañante ha oído lo mismo que yo, lo que le ha confesado a su compañera, de modo que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra.

—No, no podrán hacerme nada; tío Jeremiah está conmigo. ¡Tío Jeremiah! —llamó—. ¡Ayúdame, tío Jeremiah, ayúdame!

De pronto, se quedó quieta, hierática. Los policías se miraron entre sí. Bruscamente, Abigail estalló en una brutal carcajada, una carcajada que no parecía cesar jamás. Geraldine tuvo que taparse los oídos mientras la polvera caía al suelo. El ojo enigmático se partió y los polvos se desparramaron.

—Se ha vuelto loca —le dijo el inspector ayudante al inspector Sanders.

—Yo creo que ya estaba loca con toda esa historia de su tío Jeremiah. El caso es que ella es la asesina del coche que se dio a la fuga, por eso sí se la podrá condenar.

Los policías la invitaron a salir del recinto. Abigail no cesaba de reír, pero parecía muy pacífica. De pronto, al llegar al escenario, echó a correr.

—¡Que se escapa! —gritó el inspector ayudante.

—¡Tío Jeremiah! —gritó, y desapareció por el hueco de la concha del apuntador que estaba vacía.

Se escuchó un golpe sordo. Los policías corrieron tras ella y la vieron abajo, con los ojos abiertos.

—Ha debido desnucarse —observó el inspector Sanders.

El rostro de Abigail había quedado con una mueca horrible.

Geraldine tuvo la impresión de que dos sombras se alejaban por el fondo del escenario, una era un hombre con gorra de marino y la otra, una muchacha. Se preguntó si habría sido ella la que proyectara aquellos rostros monstruosos en las paredes del teatro. No lo sabría jamás y quizás era mejor no averiguarlo.

Henry la aguardaba en alguna parte y corrió hacia la salida como buscando el aire puro de la calle y los brazos fuertes del hombre para que la hicieran sentir la realidad, escapando a la locura en que había caído Abigail antes de desnucarse.

FIN